



**EL POPULISMO
EN EUROPA:
¿DE SÍNTOMA
A ALTERNATIVA?**

Eckart Woertz (coord.)



CIDOB REPORT #01, 2017

**EL POPULISMO
EN EUROPA:
¿DE SÍNTOMA
A ALTERNATIVA?**

Eckart Woertz (coord.)

CIDOB REPORT # 01
Barcelona, abril de 2017
ISSN: 2564-9078

CIDOB

BARCELONA
CENTRE FOR
INTERNATIONAL
AFFAIRS

© 2017 CIDOB

Editor: Eckart Woertz

Consejo editorial: Jordi Bacaria, Carmen Claudín, Carme Colomina, Anna Estrada, Elisabet Mañé y Eduard Soler.

CIDOB

Elisabets, 12
08001 Barcelona
Tel.: 933 026 495
www.cidob.org
cidob@cidob.org

Precio del ejemplar: 5€

Impresión: Color Marfil, SL
ISSN: 2564-9078 • E-ISSN 2564-9124
Depósito legal: B 11820-2017

Traducción del inglés: Ester Jiménez de Cisneros
Diseño y maquetación: Joan Antoni Barcells
Web y soporte técnico: Silvia Serrano
Ventas y envíos: Héctor Pérez

Barcelona, abril 2017

Imágenes de la cubierta

Geert Wilders (Países Bajos): Peter van der Sluijs (autor), febrero de 2017 (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Geert_geeft_mensen_een_hand_Spijkenisse.jpg)

Viktor Orbán (Hungría): Parlamento Europeo, enero de 2017 (www.flickr.com/photos/european_parliament/)

Alexander Gauland (Alemania): Metropolitico.org, enero de 2014 (www.flickr.com/photos/95213174@N08/12172421146).

Marine Le Pen (Francia): Claude Truong-Ngoc (autor), julio de 2014 (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Marine_Le_Pen_Parlement_europ%C3%A9en_Strasbourg_1er_juillet_2014.jpg)



El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación de sus contenidos que reflejan únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no puede hacerse responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella*

SUMARIO

CIDOB REPORT
01 - 2017

INTRODUCCIÓN	5
Eckart Woertz	
¡DEJEMOS QUE LA GENTE GOBIERNE! DEFINICIONES Y TEORÍAS DEL POPULISMO	9
Diego Muro	
LA DIFUSIÓN TRANSNACIONAL DEL POPULISMO	15
John Slocum	
EL POPULISMO Y SU IMPACTO EN LAS INSTITUCIONES MULTILATERALES Y EN EL INTERCAMBIO ECONÓMICO	19
Jordi Bacaria	
POPULISMO <i>MADE IN UE</i>	23
Carme Colomina	
«TROUBLE IN PARADISE»: ¿QUÉ PASÓ EN LOS PAÍSES BAJOS?	27
Blanca Garcés-Mascareñas	
EL POPULISMO EN FRANCIA: ¿HACIA LA NORMALIZACIÓN?	31
Moussa Bourekba	
ALEMANIA: PRESIONES POPULISTAS SOBRE <i>MUTTI</i> MERKEL	35
Eckart Woertz	
LAS RAÍCES DEL POPULISMO EN POLONIA: CRECI- MIENTO INSOSTENIBLE Y REACCIÓN CULTURAL	39
Dominik Owczarek	
HUNGRÍA: ¿POPULISMO O POLÍTICA?	45
Botond Feledy	
PUTIN: ICONO DE LOS POPULISMOS EUROATLÁNTICOS	49
Nicolás de Pedro	

EL POPULISMO EN SUECIA: POLARIZACIÓN SOCIOECONÓMICA EN EL MODELO DE ESTADO SOCIALDEMÓCRATA	53
Khali El-Ahmad	
MARCANDO LA AGENDA DEL BREXIT: EL POPULISMO Y EL UKIP EN EL REINO UNIDO	57
Poi Morillas	
EL POPULISMO EN ITALIA: EL CASO DEL MOVIMIENTO CINCO ESTRELLAS	61
Elena Dal Zotto	
LOS ROSTROS DEL POPULISMO EN LA RUMANIA POSCOMUNISTA	65
Dragoş Dragoman y Camil Ungureanu	

INTRODUCCIÓN

CIDOB REPORT

01 - 2017

Solo una tercera parte de los jóvenes en democracias liberales –como Estados Unidos y los Países Bajos– cree que es absolutamente esencial vivir en una democracia. Es más, según un estudio realizado por los politólogos Yasha Mounk y Roberto Stefan Foa, incluso dos tercios de millenials europeos (nacidos a partir de 1980) considerarían potencialmente legítimo, en diversos grados, un golpe militar si juzgaran que el Gobierno es incompetente o fallido. Los grupos de mayor edad son más favorables a los principios democráticos, pero su apoyo también ha ido disminuyendo durante la última década.

Esta tendencia es preocupante: las democracias liberales están en una situación frágil. Los mensajes populistas simplistas de nosotros vs. ellos, con tintes a menudo xenófobos, así como los intentos de minar la legitimidad de las instituciones democráticas pueden contar con una audiencia receptiva y un panorama de los medios de comunicación (sociales) transformado. En algunos países, como Francia y Austria, los partidos populistas han dejado de ser marginales y han participado como serios contendientes en las elecciones nacionales. Buena parte de la población europea podría imaginar vivir en sistemas autoritarios. Considera atractivos algunos aspectos de esa gobernanza, tales como una vigilancia estricta, libertades individuales en peligro y estructuras sociales uniformes; y ve con admiración algunos modelos actuales e históricos. Para algunos, esta situación recuerda la década de los años treinta del siglo pasado, cuando el fascismo en Europa estaba en auge y gozaba de un apoyo considerable de simpatizantes, incluso dentro de las democracias desarrolladas, como la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley o Charles Lindberg, que desempeñó un papel influyente en el *America First Committee* de Estados Unidos.

Sin embargo, de los fascistas de ayer a los populistas de hoy hay un trecho. Se podría argumentar que resulta incluso difamatorio, dado su papel todavía limitado, sus actitudes más benignas y la legitimidad

de algunas de las preocupaciones que articulan. Aun así, los desafíos para las democracias liberales son reales y constituyen el núcleo del análisis en este volumen colaborativo de investigadores de CIDOB y de otros *think tanks* e instituciones.

En su artículo introductorio, Diego Muro ofrece una visión general de los enfoques teóricos para el impreciso concepto de populismo y señala características importantes para distinguir entre el populismo de izquierda y el de derecha, el cual, por ser actualmente el más frecuente, es el centro de atención de este volumen. John Slocum y Jordi Bacaria ofrecen perspectivas internacionales mediante el análisis de la difusión transnacional de los populismos, así como de su impacto en las instituciones multilaterales y en el intercambio económico, respectivamente. En una línea similar, Carme Colomina examina cómo partidos populistas como el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP por su siglas en inglés) y el Frente Nacional (FN) francés han utilizado a la Unión Europea a la vez como fuente de financiación y como telón de fondo negativo para sus aspiraciones populistas, al mostrar una ética profesional dudosa respecto a su grado de asistencia y a su trabajo legislativo en el Parlamento Europeo.

Los tres artículos siguientes —de Blanca Garcés, Moussa Bourekba y Eckart Woertz— tratan sobre los tres países europeos para los que 2017 es un año electoral. En los Países Bajos, Geert Wilders no ha podido ampliar su influencia en las elecciones de marzo; y el papel de Alternativa para Alemania (AfD) probablemente seguirá siendo limitado en las elecciones federales alemanas de septiembre. Sin embargo, en Francia, una victoria electoral presidencial de Marine Le Pen del FN es una posibilidad real. Incluso si pierde, mantendrá una influencia indirecta. Otros partidos han adoptado mensajes populistas y el clima sociopolítico que les instiga probablemente persistirá.

Los artículos de Dominik Owczarek y de Botond Feledy se fijan en dos países de Europa del Este, Polonia y Hungría, donde los populistas ya están en el poder. Analizan las repercusiones que esto ha tenido en la política interna, los controles y contrapesos y la legitimidad de las instituciones. Dragoş Dragoman y Camil Ungureanu analizan la turbulenta historia reciente de la política populista en Rumanía, cuyos inicios se remontan al fin del comunismo y al cambio de régimen de 1989. Con la victoria electoral del Partido Demócrata (PD) de Traian Băsescu en 2004, el partido cambió cualitativamente: se hizo evidente una particular tensión entre el constitucionalismo democrático y el populismo.

Nicolás de Pedro discute hasta qué punto Rusia ha actuado como comadrona y modelo para los movimientos populistas en Europa Occidental y señala precedentes peligrosos. Khali El-Ahmad, por su parte, explica el ascenso de los Demócratas Suecos de la derecha por las considerables deficiencias socioeconómicas que existen en un país que se enorgullece de su sistema democrático de bienes-

tar social. Pol Morillas analiza el papel del UKIP en el referéndum del Brexit y Elena dal Zotto, la situación en Italia, donde el Movimiento 5 Estrellas (M5S) constituye un populismo de izquierda igualmente euroescéptico que recientemente se ha acercado a la Rusia de Vladímir Putin.

En suma, los populistas de derecha han vivido un resurgimiento en las elecciones de las democracias occidentales, gracias al aumento de la polarización social después de tres décadas de neoliberalismo, a los prejuicios arraigados entre algunos sectores de la población, a la crisis de refugiados en Europa, a noticias falsas y rumores de los que se han hecho eco ciertos medios de comunicación sociales y a una tendencia hacia el populismo en otros lugares, desde Rusia a Turquía y Estados Unidos.

Durante mucho tiempo los extremismos de derechas y el populismo solían ser un fenómeno marginal, de no más del 10% del electorado. No obstante, en Francia, Austria, Hungría, Polonia y Estados Unidos, el populismo ha superado este umbral y ha tomado el poder o ha tenido una oportunidad realista en este sentido. Ha pasado de ser un síntoma a ser una alternativa. Incluso en los casos en que se ha mantenido muy alejado del poder real, ha logrado influir decisivamente en la agenda política, como lo demostró el UKIP durante el voto del Brexit.

El populismo como alternativa ha generado resistencia entre los partidos establecidos, el poder judicial, la prensa, los movimientos de base y el público en general. La torpe incompetencia, las payasadas y la incoherencia poco disimulada de los líderes populistas también han aplacado parte del ímpetu de la tendencia. El exhibicionismo compulsivo de Vladimir Putin mostrando su pecho desnudo o los monólogos de 140 caracteres de Donald Trump podrían ser el peor enemigo del populismo a largo plazo. Aquellos que temen una repetición de los años treinta y el resurgimiento del fascismo en Europa pueden consolarse con la famosa cita de Karl Marx: «La historia se repite, primero como tragedia, luego como farsa».

Eckart Woertz

Investigador sénior y coordinador de Investigación, CIDOB



¡DEJEMOS QUE LA GENTE GOBIERNE! DEFINICIONES Y TEORÍAS DEL POPULISMO

Diego Muro

Profesor de Relaciones
Internacionales,
Universidad
de St. Andrews (UK)
e investigador sénior
asociado, CIDOB

CIDOB REPORT
01 - 2017

Hubo un tiempo en que la política europea estaba dominada por tres familias de partidos tradicionales: los democristianos, los socialdemócratas y los liberales. La posición hegemónica de estas familias de partidos se vio desafiada primero por la «nueva política» de los Verdes, en la década de los setenta, y por la derecha radical populista, que obtuvo resultados electorales sustanciales a partir de los años ochenta. A raíz de la crisis financiera mundial de 2008, se ha prestado de nuevo atención a la definición de la oleada internacional de populismo que está recorriendo Europa, tanto en el Este como en el Oeste, y a la identificación de las causas de este auge populista que, en efecto, podría cambiar el rostro de la política de la UE en los próximos años.

El término «populismo» ha sido ampliamente utilizado y aplicado en diferentes contextos: en Rusia y Estados Unidos en el siglo XIX, en América Latina en el siglo XX y en Europa en el siglo XXI. Los estudios sobre populismo son notablemente escasos y muchos académicos han renunciado a la posibilidad de utilizar el término de forma significativa. Por ejemplo, en el contexto europeo, el término se ha utilizado para describir a los partidos antinmigración y anti-UE como el Frente Nacional (FN) francés, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) o el Partido por la Libertad (PVV) de Holanda. En cambio, en el debate latinoamericano, el populismo se empleó con frecuencia para aludir a la mala gestión económica y a las prácticas clientelistas de líderes como Juan Domingo Perón (Argentina), Alberto Fujimori (Perú) o Hugo Chávez (Venezuela). El término no llega a abarcar algo preciso.

Parte de la confusión terminológica deriva del hecho de que las personas y las organizaciones etiquetadas como *populistas* rara vez se identifican como tales. Al contrario, son otros los que atribuyen ese término, a menudo como una etiqueta claramente negativa. En los medios de comunicación europeos, el término *populismo* se usa de forma peyorativa para denotar fenómenos tan diversos como un movimiento de base, un programa económico irresponsable o un

estilo político demagógico. Así, el populismo se une a las filas de otros términos *cargados* de las ciencias sociales y sin una definición generalmente aceptada. De hecho, el uso del término *populismo* se asemeja al uso de otro término cargado de valor, *terrorismo*, palabra con connotaciones intrínsecamente negativas que generalmente se aplica a los oponentes o a aquellos con quienes no se está de acuerdo y que, en otras circunstancias, preferiría ignorar.

Por razones de claridad, este volumen ha adoptado una definición de trabajo que contempla los atributos esenciales de las manifestaciones del populismo, pasadas y presentes:

«El populismo es una ideología *delgada* que considera que la sociedad se divide, en última instancia, en dos grupos homogéneos y antagónicos, «la gente pura» y «la élite corrupta»; y que argumenta que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) de la gente»¹.

Debido a que el populismo es una ideología *delgada*, se puede adaptar su uso a la izquierda y a la derecha. Esta definición minimalista capta con eficacia la maleabilidad y la tendencia del populismo a adherirse a las ideologías *gruesas* (liberalismo, socialismo, etc.), y también la supuesta confrontación entre «la gente corriente» y «el poder establecido» (el *establishment*), un término que engloba tanto a los partidos tradicionales como a las élites culturales, económicas y mediáticas. Sin embargo, en la práctica, la voluntad de la gente también puede verse enfrentada a los «enemigos del pueblo» externos. Por ejemplo, cuando se habla de la migración o de los refugiados, los populistas europeos responden con una defensa del «sentido común» de la gente (del país) contra un grupo de fuera demonizado, a saber, los inmigrantes. El crimen y el terrorismo serían otros ejemplos de cómo la política populista de los sentimientos se opone a la política de los hechos liderada por la élite.

En el contexto europeo, a menudo se ha argumentado que el populismo en el Este y en Occidente sigue siendo distinto en esencia, pero la literatura sobre la Europa postcomunista ha demostrado la creciente convergencia entre el antiguo Este y Occidente. Cada vez son más los movimientos de derechas que comparten el mismo mapa mental: critican al *establishment* corrupto y adulan a la gente común que constituye la nación. Por ejemplo, los movimientos populistas de toda Europa se han reducido al nacionalismo de «¡Primero los de casa!» claramente visible en sus lemas, desde el «Queremos recuperar nuestro país» de Farage al principio guía del Partido austríaco de la Libertad, «Austria primero», y el enfoque proteccionista de Trump, «América primero».

1. Mudde, Cas. *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge University Press, 2007, p. 23.

Otra distinción que vale la pena destacar es la ideología de derechas o de izquierdas de los partidos populistas. Aunque el uso contemporáneo del término populismo se ha centrado en movimientos xenófobos de extrema derecha, los partidos de izquierda no son inmunes al populismo (por ejemplo, Bernie Sanders en Estados Unidos o Syriza en Grecia). Una excepción notable entre la izquierda es el partido español Podemos, que no rehúye la etiqueta populista y defiende una interpretación particular de «el pueblo», «la élite» y «la voluntad general», que proviene de los escritos de teóricos como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. No debería sorprendernos que una ideología maleable como el populismo sea asimilada por partidos políticos diversos interesados en usar una retórica divisoria.

Este volumen tiene una perspectiva comparativa paneuropea, con casos de Europa Occidental y del Este. La selección transnacional de casos es un reflejo de la experiencia interna del CIDOB, pero también del tipo de choques que aguardan tanto a los políticos progresistas como a los centristas en toda la UE. La difusión del populismo derechista ha sido posible gracias a una economía estancada y a una crisis migratoria persistente, pero también a la capacidad de los populistas para desarrollar estrategias *atrapa-todo* (*catch-all*) capaces de atraer un apoyo amplio. Queda por ver si las familias de los partidos tradicionales podrán contener el auge de partidos populistas en toda Europa y proporcionar un contramensaje eficaz.

¿A qué se debe la oleada populista internacional?

Ante la ausencia de una teoría general del populismo, la literatura académica ha explicado su aparición como la consecuencia pasiva de los acontecimientos socioeconómicos a nivel macro. El populismo sería la consecuencia directa de la globalización y de sus efectos no deseados: la subcontratación, la automatización implacable, la pérdida de puestos de trabajo y el estancamiento de los ingresos de la clase media. Pero es una percepción errónea demasiado común la de describir a los votantes populistas como simples perdedores en el proceso de la modernización, con un sentido equivocado de atribución de la culpa. Las explicaciones basadas en la austeridad y la polarización de los ingresos pueden dar cuenta de la ira y la frustración, pero deben ser contrastadas con el papel central de la ideología y con un análisis de la voluntad de los líderes populistas de conseguir el poder y cambiar la realidad social. Los partidos populistas no son meras consecuencias de los cambios socioeconómicos, sino que determinan activamente sus destinos.

El potente mensaje de los populistas es dar a la gente corriente lo que quiere. Los populistas dicen que quieren «dejar que la gente gobierne» y argumentan que el principal obstáculo son las «élites corruptas». Desde la Gran Recesión, los movimientos populistas son mucho más críticos con la influencia política de

los ricos. Según esta visión maniquea de la sociedad, las élites cosmopolitas han defendido la globalización, pero los beneficios del cambio económico y tecnológico no siempre han repercutido en las masas desprotegidas. Los populistas pretenden ser los defensores de los hombres y de las mujeres corrientes privados del bienestar al que tienen derecho. Y los descontentos están escuchando el mensaje. Alto y claro.

El mensaje populista resuena en parte porque se basa en la promesa democrática de respetar la voluntad del pueblo, tan central en la política europea. Se ha puesto demasiada atención en los oportunistas egocéntricos con personalidades autoritarias y mucho menos en entender por qué el mensaje antiestablishment produce sentimientos positivos. Cada vez son más los votantes desilusionados con el funcionamiento del libre mercado y de la democracia liberal y que están legítimamente preocupados por la desigualdad, el desempleo, la inmigración, la desconfianza política, la disminución de los ingresos per cápita, etc. Es urgente comprender los temores, las preocupaciones y las respuestas emocionales de ciertos subgrupos y aceptar que, de vez en cuando, los populistas sueltan la verdad. Más aún, los populistas pretenden ser el portavoz de aquellos que quedan atrás en la economía del siglo XXI y afirman que su mandato (y su legitimidad) emana directamente de su contacto con el pueblo soberano.

El populismo también aporta una historia moral donde los puros y los corruptos se oponen entre sí. Esta concepción moralista de la política es muy crítica con las élites, que son consideradas moralmente inferiores, y muy generosa con la noble gente común. Y además de ser antielitistas, los populistas son antipluralistas porque ellos, y solo ellos, pueden representar al pueblo. Sus competidores políticos son considerados como infiltrados, políticos desgastados o miembros de la turbia élite cuyo tiempo ha pasado porque carecen de conexión directa y de identificación con la auténtica gente de la «madre patria». Además de esta forma de antipluralismo moralizada, los populistas se adjudican el derecho exclusivo a representar los intereses de la gente, una idealización de la nación que definen a su conveniencia. La oposición legítima no es «como ellos» y a veces la definen como enemigos que no pueden discernir la voluntad de «la gente real». En resumen, el populismo también se refiere a la representación y a quien puede hablar por el pueblo.

Por último, el ascenso de partidos populistas indica una reestructuración del conflicto político en Europa. Los partidos populistas se han convertido en contendientes electorales serios y ya no están confinados a los márgenes de la política. Cada vez más votantes europeos, desilusionados con la política dominante, están cambiando su lealtad de los partidos conservadores, socialistas y liberales hacia opciones populistas, y los políticos antiestablishment están seguros de que sus objetivos y sus metas han pasado de la periferia al centro. La irrupción popu-

lista afecta a partidos y a otras organizaciones, pero también denota un cambio cultural mucho mayor, como lo sugiere el aumento de la retórica antiexpertos y de la política de la posverdad a la sombra de la gran recesión.

Esta publicación

En esta publicación, los partidos populistas de derecha en la Europa contemporánea son el centro del análisis. Han sido elegidos porque su reacción antiestablishment y nativista sugiere una renacionalización de la política que desafía el proyecto de «una unión cada vez más estrecha». No debería subestimarse su potencial para debilitar a la UE y para crear un nuevo sistema en el que las naciones trabajen juntas en una estructura mucho más disgregada. Los seguidores del populismo no están contentos con la forma en que ha funcionado el mundo de la economía y de la política desde el fin de la Guerra Fría, y quieren recuperar el control de su propio destino.

La desintegración de la Unión Europea no está a la vista, pero ignorar las señales que provienen de los populistas podría resultar desastroso. La marea del nacionalismo está subiendo rápidamente y las reivindicaciones de homogeneidad cultural y de recuperación del control están demostrando ser mensajes convincentes. Apelando al sentimiento nacionalista, los populistas han conseguido apoyo en toda Europa, en parte porque se está alimentando desde el exterior una crisis sistémica, concretamente por la amenaza del yihadismo salafista y por la incesante afluencia de inmigrantes y refugiados. Renovar los lazos que unen a los ciudadanos europeos requerirá un pacto social reformulado que aborde el descontento actual.



LA DIFUSIÓN TRANSNACIONAL DEL POPULISMO

John Slocum
Investigador visitante,
CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

¿Cómo explicamos el resurgimiento del populismo en un país tras otro? ¿Tal vez en términos de condiciones estructurales comunes o de difusión pasiva de ideas a través de los contextos? ¿O una explicación adecuada requiere considerar el papel de los emprendedores políticos transnacionales involucrados en el «negocio de la importación/exportación» ideológico? Los analistas tienden cada vez más a hablar de una «internacional populista». Aceptar esta idea supone la existencia de una red transnacional que trabaja, de forma abierta o secreta, para promover activamente el porvenir electoral de los partidos populistas en más de un país.

Hasta hace poco, esto habría parecido muy improbable. Las sensibilidades analíticas estaban condicionadas por el aumento y la propagación de las ideologías «gruesas», que incluían especialmente al socialismo en sus variantes socialdemócratas y comunistas, cuya difusión internacional fue propiciada por la organización activa y la propaganda. En cambio, el populismo ha sido considerado nacionalista más que internacionalista, una táctica dentro de un país para movilizar a los votantes contra las élites en nombre del pueblo. De hecho, el populismo de derechas ha sido explícitamente *anti*internacionalista. No tanto el populismo de izquierdas, en la medida en que se inspira en símbolos de inspiración socialista de solidaridad internacional.

Estudios sobre el «contagio» populista tienden a examinar la propensión de las técnicas y los mensajes populistas a difundirse de un partido a otro dentro de un determinado contexto nacional. Así, algunos analistas siguen aún descartando la idea del contagio populista transnacional, señalando en cambio la debilidad, la corrupción o el agotamiento ideológico de los partidos políticos tradicionales mayoritarios como explicaciones primordiales y quizás suficientes del aumento del populismo dentro de un país determinado. Sin embargo, en el contexto euroatlántico actual, parece poco plausible afirmar que la simultaneidad de los fenómenos Brexit, Trump, Le Pen y Wilders

es pura coincidencia. Si bien la retórica del populismo derechista sigue siendo anti-internacionalista, sus tácticas incluyen cada vez más elementos internacionales.

Varios factores estructurales comunes y coyunturas compartidas ayudan a explicar el aumento del populismo en el siglo XXI. En el ámbito de la economía política, décadas de una tendencia a la financiarización neoliberal y a la liberalización del comercio han provocado que los salarios reales se estancaran en gran parte del mundo desarrollado. Como señala Diego Muro en el capítulo introductorio de este volumen, la Gran Recesión marcó un momento clave en la ulterior politización de estas tendencias estructurales a más largo plazo. La opinión pública nacional, partidaria de hacer «pagar el precio» de la crisis a los culpables, se indignó al ver que apenas se impusieran sanciones legales a los ejecutivos financieros. Por su parte, los partidos políticos tradicionales fueron sobradamente castigados por su corrupción, por haber favorecido las condiciones que llevaron a la crisis y por su complicidad al proteger a los banqueros de las graves consecuencias de dicha crisis. Estos resentimientos se han manifestado en los llamamientos y los movimientos populistas tanto a la izquierda como a la derecha. Los viejos sistemas de partidos que han funcionado durante décadas se están desmoronando. En toda la Unión Europea, la imagen de los burócratas de Bruselas que toman decisiones legales sin tener que rendir cuentas aporta objetivos adicionales para el resentimiento político populista.

Los recientes avances tecnológicos también han ayudado a sentar las bases para la aparición y la propagación del populismo. Los medios sociales permiten que los mensajes y los mensajeros se salten a los guardianes del periodismo tradicional. Además, refuerzan el establecimiento de «burbujas» de información mutuamente aisladas y relativamente independientes, delimitadas por visiones del mundo ampliamente divergentes y por sospechas mutuas con respecto a la veracidad de la información que circula en la burbuja de sus opositores políticos.

La creciente importancia política de los migrantes y de los refugiados también ha desempeñado un papel clave. La época actual se caracteriza a menudo por el aumento de la migración masiva, incluso si las estadísticas existentes muestran una realidad mucho más matizada. Los inmigrantes han sido históricamente un blanco fácil como chivo expiatorio de los populistas, pero ha sido el flujo de refugiados de Siria, en medio de un temor generalizado al terrorismo, el que ha colocado la migración en el primer lugar de la agenda política en Europa. Los mensajes antimigrantes son el núcleo de casi todos los movimientos y partidos populistas de derechas contemporáneos. En su forma más extrema, los migrantes son retratados como la vanguardia de luchas raciales, religiosas y de civilización apocalípticas. A pesar de que el resto del espectro político puede rechazar tales opiniones, su influencia en el debate ha empujado a otros partidos más centristas en la dirección de las plataformas antimigrantes.

Parece del todo plausible que el populismo se propague en parte por efectos miméticos (con representantes políticos de un país aprendiendo del éxito de los llamamientos populistas en otro). Aunque también parece cada vez más claro que el populismo está siendo exportado de forma intencionada; o, más exactamente, que ciertos actores intentan impulsar la fortuna electoral de los partidos populistas de otros países. Un ejemplo de ello es la expansión internacional de la Breitbart News Network, la compañía de medios de comunicación de la «derecha alternativa» (*alt-right*) antes dirigida por el actual asesor de la Casa Blanca, Steve Bannon. A principios del 2017, Breitbart ha añadido servicios franceses y alemanes a sus sitios web de Estados Unidos y Reino Unido. Este y otros medios de comunicación parecen tener la intención de cosechar beneficios publicitarios y una mayor exposición mediante la promoción y la ampliación de su mensaje antiglobalista y antiélite a través de las fronteras.

Los líderes de los partidos políticos de derecha de Europa han fortalecido los lazos entre sí. Los miembros del Parlamento Europeo pertenecientes a partidos de extrema derecha –como el Frente Nacional (FN) de Francia, la Alternativa para Alemania (AfD) y el Partido por la Libertad (PVV) de Holanda– se han unido en un nuevo grupo parlamentario, la «Europa de las Naciones y de la Libertad» (ENL), mediante el cual los líderes de los distintos partidos se han comprometido a respaldar los esfuerzos electorales de los demás (sobre todo en la conferencia de la ENL de enero de 2017 en Coblencia, Alemania).

En cuanto a la propagación activa del populismo de derechas, ningún fenómeno destaca más claramente que el apoyo ruso a los partidos de derecha en Europa. El presidente Putin ha presentado cada vez más a Rusia como un poder antiliberal, antiglobalización, como defensora internacional de los valores sociales conservadores. Rusia ha apoyado activamente a los partidos populistas de derecha en Europa (incluida la financiación directa del Frente Nacional de Francia), y el partido ruso pro-Putin Rodina organizó en marzo de 2015 una reunión de partidos de derecha europeos. Los *hackers* de origen ruso han sembrado activamente «noticias falsas» en los medios de comunicación europeos; historias que tratan de exagerar la presunta amenaza de los inmigrantes (hasta el punto de relatar incluso violaciones supuestamente cometidas por refugiados, que nunca tuvieron lugar). Estas historias, a veces de origen muy incierto, se amplifican gracias a los esfuerzos de Breitbart y de otros medios de comunicación de la derecha alternativa menos conocidos, pero localmente influyentes.

El Brexit y la elección de Donald Trump fueron bien recibidos por los líderes populistas europeos (en el caso de Trump, incluso con euforia). Estas victorias electorales de 2016 dieron alas a los políticos populistas de cara a las elecciones de 2017. De hecho, esas señales funcionan en ambos sentidos. Por lo tanto, tal vez no sea sorprendente que la reacción antipopulista juegue un papel en la política

europea. El efecto Brexit-Trump en sí mismo puede presentarse fácilmente como advertencia o como estímulo para otros partidos populistas. En la segunda ronda de las elecciones presidenciales de Austria, realizada a principios de diciembre de 2016, la entonces reciente victoria de Trump contribuyó casi sin duda a la derrota del candidato del Partido de la Libertad, Norbert Hofer. De forma similar, el esfuerzo de demostración de la victoria populista contribuyó claramente al estancamiento del apoyo a Gert Wilders en el periodo previo a las elecciones holandesas, así como a la consolidación del sentimiento anti-Le Pen en torno al candidato presidencial centrista Emmanuel Macron en Francia.

Al igual que el populismo es promovido activamente a través de las fronteras, los próximos meses y años pueden ser testigo de los esfuerzos transnacionales coordinados para hacerlo retroceder –o al menos para contrarrestar lo que el primer ministro holandés, Mark Rutte, llama «el tipo de populismo equivocado»–.



EL POPULISMO Y SU IMPACTO EN LAS INSTITUCIONES MULTILATERALES Y EN EL INTERCAMBIO ECONÓMICO

Jordi Bacaria

Director, CIDOB

CIDOB REPORT

01- 2017

En el ámbito económico, el populismo está estrechamente relacionado con la globalización y los temores que esta implica para determinados colectivos en relación con los cambios que se pueden producir en el empleo y el bienestar de los individuos. Catherine de Vries e Isabell Hoffman, en su informe *Fear not Values* (2016), señalan que: «Cuanto más bajo es el nivel de educación, más bajo es el ingreso, y que cuanto mayores son las personas, más probabilidades hay de que vean la globalización como una amenaza. Además, los que se sienten cercanos a los partidos populistas están motivados principalmente por el temor a la globalización. Este efecto es particularmente evidente cuando se trata de partidos populistas de derecha, pero también se da en los partidos populistas de izquierda».

Por el lado de la derecha en Estados Unidos, los riesgos de impactar en el multilateralismo son evidentes. Donald Trump, durante la campaña, amenazó con salir de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y ya desde la presidencia desafió a ignorar las reglas del organismo. La amenaza de revocación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés), también conlleva la posibilidad de incumplimiento de las normas de la OMC. Aunque finalmente el secretario de comercio de Estados Unidos, Wilbur Ross ha determinado iniciar las negociaciones de NAFTA, la dificultad de la negociación podría obligar a volver al punto de partida. Esto comprometería a la OMC frente a Estados Unidos, porque implicaría a la organización en la resolución de un conflicto derivado del no cumplimiento de reglas como el de «la nación más favorecida» en el caso de imponer aranceles más altos a México del que los que Estados Unidos tiene frente a terceros países.

El «trumpismo» es ahora el ejemplo más real y reciente de lo que significa el populismo en el ala derecha. Bajo el simple enunciado electoral de «Make America Great Again», se esconde una panoplia de políticas que todas acaban conduciendo al unilateralismo y,

por tanto, al cuestionamiento de las organizaciones multilaterales. No solo las que afectan a tratados negociados o en vigor. También pueden distorsionar el comercio. Así puede suceder con la propuesta legislativa del ajuste fiscal en frontera (Border Tax Adjustment, BTA), impulsada por Paul Ryan, presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, por ser un impuesto a las importaciones y un subsidio a las exportaciones.

Lo que más sorprende en estos casos, es que formaciones políticas que normalmente se han caracterizado por la defensa del libre comercio y el apoyo a las instituciones multilaterales, como los Republicanos en Estados Unidos o los conservadores en el Reino Unido, ahora estén –aparentemente con los mismos valores de antaño– defendiendo la posición contraria.

Aunque pueda pensarse que el proteccionismo del ala derecha y el ataque a los acuerdos comerciales es distinto en cuanto a sus objetivos de los que provienen de los movimientos antiglobalización de izquierda (Subirats, 2017), la realidad es que estos han anticipado en los países occidentales lo que luego ha desarrollado el ala derecha del populismo. La diferencia no radica en los objetivos, sino en el hecho que la izquierda en los países occidentales no ha conseguido el poder para llevar a cabo tales políticas. Los votantes han otorgado muchas veces el voto al ala derecha, si perciben que tiene más posibilidades de alcanzar el poder para acabar impulsando las mismas políticas, con promesas de empleo y de bienestar. Venga de donde venga el populismo, el resultado acabaría siendo el mismo en cuanto al impacto en las instituciones multilaterales.

En consecuencia, al tratar del comercio y de la integración económica, cabe tener en cuenta los movimientos sociales y las ideologías contrarios a la globalización. Todos ellos atribuyen a la globalización el origen de la desigualdad y la ausencia de distribución de los beneficios del comercio. Esta visión, compartida por posiciones políticas tanto de izquierda como de derecha, actualmente está creciendo con fuerza. Refuerzan además las posiciones populistas que claman por un mayor «nacionalismo» y, por lo tanto, afectan los procesos de integración y la apertura comercial mediante tratados de comercio e inversión. Ciertamente, la derecha ha incorporado el proteccionismo laboral, la expulsión de los inmigrantes, el cierre de fronteras, con expresiones de xenofobia, además de una efectiva propuesta de proteccionismo comercial con fuertes límites a la circulación de personas. En cambio, la izquierda se limitaba a levantar barreras arancelarias y regulatorias, sin cierre de fronteras, una propuesta con escasa credibilidad para los votantes populistas. Por esto, a partir de la crisis, la tendencia viene marcada por las victorias consecutivas del Brexit y de Donald Trump, ya que sus propuestas –a pesar de afectar el libre comercio mundial y la propia integración europea– son creíbles por su supuesta efectividad basada en la posverdad alimentada por populismos de todo signo.

Los movimientos antiglobalización que se iniciaron en Seattle en 1999 crecieron enfrentándose a las iniciativas de los gobiernos en los acuerdos internacionales de libre comercio, inversión y servicios. Se movilizaron contra el Acuerdo sobre Comercio de Servicios (TISA). En la Unión Europea, se han manifestado en contra de la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP) y del Acuerdo Económico y Comercial Global (CETA). Han conseguido incluso el rechazo del Acuerdo Comercial de Lucha contra la Falsificación (ACTA) por parte del Parlamento Europeo, que por primera vez hizo uso de los nuevos poderes que el Tratado de Lisboa le otorga para impugnar un acuerdo internacional.

Los tratados de libre comercio clásicos respondían a un determinado estadio del comercio internacional, ya que con la eliminación de los aranceles se pretendía reducir el proteccionismo. Actualmente, la fragmentación productiva ha hecho aparecer las cadenas globales de valor ante las cuales el proteccionismo ya no resulta útil ni siquiera a corto plazo, cuando no contraproducente. Por ello, los acuerdos bilaterales y multilaterales de comercio, inversión y servicios, se concentran en las barreras no arancelarias y la cooperación regulatoria para alcanzar estándares comunes. Este es el argumento y la razón que imperaban antes del ascenso de los populismos, que han concentrado su atención en los costes de la globalización por el lado de la producción sin considerar los beneficios por el lado del consumo.

Los ataques a las instituciones multilaterales no revertirán la globalización, un fenómeno que viene determinado por el cambio tecnológico, pero sí frenarán y limitarán el ordenamiento del comercio y de la inversión desde una necesaria y democrática gobernanza global. A ello se suma el riesgo de un colapso del sistema multilateral y de una recaída en la actividad económica y del empleo. La esperanza está en resistir al populismo, apuntalando las organizaciones multilaterales desde la democracia (Europa y América Latina) y paradójicamente desde la autocracia (China).



POPULISMO MADE IN UE

Carme
Colomina

Investigadora asociada,
CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

Hace años que el populismo se sienta a la mesa de los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión, se alimenta de fondos comunitarios y ha convertido el Parlamento Europeo en la gran plataforma mediática de proyección de la retórica euroescéptica. El populismo europeo no habría podido llegar a las cotas de representación e influencia que detenta en estos momentos sin el dinero ni los instrumentos políticos que le ofrece esta Unión Europea que quiere destruir.

El acceso a fondos europeos es clave para entender la gestación y auge de las fuerzas populistas euroescépticas. Sólo en 2016, el Movimiento por la Europa de las Naciones y la Libertad (MENL), liderado por el Frente Nacional de Marine Le Pen, recibió 1,55 millones de euros como parte de las subvenciones anuales del Parlamento Europeo destinadas a cubrir hasta el 85% de los gastos vinculados a la agenda política europea de las fuerzas de la UE. Otro grupo de la Eurocámara, la Europa de la Libertad y la Democracia Directa (EFDD por sus siglas en inglés), liderado por el partido euroescéptico británico UKIP, recibió 1,4 millones de euros. Aunque estas aportaciones solo pueden destinarse a gastos relacionados con su labor legislativa europea, reiterados casos de corrupción han demostrado el uso fraudulento de estos fondos por parte de miembros de UKIP. Así Marine Le Pen se ha visto envuelta recientemente en un escándalo judicial, denunciado por la Oficina Europea de Lucha contra el Fraude, que le exige el retorno de 339.000 euros de aportación europea que, en lugar de utilizarse para la contratación de asistentes en el Parlamento de Estrasburgo, se destinaron a contribuir al esquema de financiación de su partido.

Incluso la cumbre de «líderes patrióticos» –en palabras de Le Pen– populistas celebrada en la ciudad alemana de Coblenza, el mes de enero de 2017, para anunciar el asalto político que estas fuerzas xenófobas y euroescépticas esperan lograr en las distintas citas electorales del año, también se pagó con fondos europeos, según admiten fuentes de la Eurocámara.

Pero, al margen del acceso a financiación, ¿hasta qué punto han conseguido transformar la política parlamentaria europea?

Para estas fuerzas populistas, el hemiciclo de Estrasburgo es más un plató de televisión que un área de trabajo. En general, la mayor parte de eurodiputados de dichas formaciones –ya sea los integrados en el grupo de Le Pen, en el de Nigel Farage o como independientes– presentan un pobre balance de trabajo parlamentario y de participación en las comisiones donde se debaten las propuestas legislativas. Sin embargo, su capitalización de las intervenciones en el hemiciclo, a través de los minutos de uso de palabra que el reglamento ofrece a todos los grupos parlamentarios en los debates, ha sido tan exitosa que han conseguido la imposición ideológica de su eje pro/anti Europa al mismo nivel que el tradicional derecha/izquierda. La emergencia de estas fuerzas populistas y su expansión electoral en plena crisis económica europea –con su consiguiente aplicación de impopulares programas de austeridad que acrecentaron las divisiones geográficas entre estados miembros– acercó a los grandes grupos de la Cámara (PPE, S&D y ALDE) a un consenso casi acrítico en contraposición a la retórica euroescéptica que se imponía desde los márgenes del debate político. Así pues, si las metáforas comunitarias describieron durante años al Parlamento Europeo como un monstruo de dos cabezas –una ideológica y otra nacional–, esta evolución de la retórica populista habría originado la aparición de una tercera, marcada por el eje anti o proeuropeo.

Pero si la Eurocámara es el instrumento mediático, el verdadero escenario de influencia política se juega en el Consejo de la Unión Europea. El altavoz europeo permitió a muchas de estas fuerzas populistas erigirse en actores relevantes de la política nacional en sus respectivos países. Partidos euroescépticos, populistas o claramente xenófobos gobiernan hoy en Hungría o Polonia, forman parte de coaliciones gubernamentales como en Finlandia, o ejercen de actores clave en la escena política francesa, holandesa o danesa. Es desde este rol decisivo, apoyando a gobiernos, influyendo en agendas políticas o convirtiéndose en alternativas reales de poder, que el populismo –y su estrategia de oposición a la integración europea– consigue hoy dejar huella tanto en la política nacional como en la amenazada construcción europea. El euroescéptico UKIP sería el caso más paradigmático de este poder indirecto gracias al cual Nigel Farage consiguió arrastrar a los conservadores británicos hasta la convocatoria del referéndum sobre la Unión Europea sin haber ocupado nunca un solo escaño en el Parlamento de Westminster.

La misma construcción europea ha creado las condiciones necesarias para convertir a la Unión en el chivo expiatorio recurrente en las múltiples crisis que atentan Europa. Los estados retienen competencias esenciales en política migratoria, políticas de cobertura social, cultura o educación. Sin embargo, Bruselas se ha llevado la peor parte del descontento ciudadano ante la falta de reacción europea

por la llegada de refugiados provenientes de la guerra de Siria, por las desigualdades sociales consecuencia de estrictas políticas económicas -estas sí, dictadas desde la UE- o por un malestar identitario sobre el cual las fuerzas populistas han edificado su retórica antieuropea. La vieja tendencia de los gobiernos nacionales a utilizar esta idea abstracta y despersonalizada de Bruselas para eludir la responsabilidad de medidas impopulares aprobadas en sus consejos de ministros ha adquirido hoy una nueva dimensión.

El método comunitario se encuentra en entredicho por gobiernos y partidos políticos que se aferran al discurso de la soberanía nacional, a la retórica de «recuperar el control» y que ponen sobre la mesa propuestas concretas de renacionalización de competencias o del control democrático sobre la toma de decisiones.

El populismo no se ha limitado únicamente a «luchar contra la UE desde el interior», como dice su eslogan, sino que lo ha hecho con todas las armas que la misma Unión ha puesto a su alcance.



«TROUBLE IN PARADISE»: ¿QUÉ PASÓ EN LOS PAÍSES BAJOS?

Blanca Garcés-Mascareñas

Investigadora sénior,
CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

La mañana del 2 de noviembre de 2004, los Países Bajos parecían haber despertado de golpe del ensueño del multiculturalismo. El asesinato del cineasta Theo van Gogh a manos de un joven holandés de padres marroquíes provocó una gran conmoción. En los días siguientes, se sucedió una serie de ataques contra mezquitas, escuelas musulmanas y, en menor medida, también iglesias católicas y protestantes. Nadie podía creer que esto estuviera sucediendo en los Países Bajos: «Trouble in Paradise», así lo describió entonces el *Financial Times*.

En marzo de 2017, los Países Bajos han vuelto a ser noticia. Se temía que el Partido por la Libertad de Geert Wilders se convirtiera en la primera fuerza política del país. Bajo el título «Los Países Bajos son nuestros de nuevo», el escueto programa de Wilders (de 11 puntos, no más) proponía menos inmigración, menos islam y recuperar la independencia con el abandono de la Unión Europea. Todo esto con un estilo muy propio: declaraciones claramente discriminatorias (como el queremos menos marroquíes) y propuestas descabelladamente anticonstitucionales (como la promesa de prohibir la venta del Corán o cerrar las mezquitas), todas anunciadas a golpe de twitter y sin más estructura de partido que él mismo como único miembro. De nuevo, ¿quién podía creer que esto estuviera sucediendo en los Países Bajos, allí donde el refrán popular recuerda que «comportarse normal ya es suficientemente loco»?

El mensaje xenófobo de Geert Wilders y el miedo a que su victoria representara la llegada del populismo a la Europa continental, cuando todavía estamos conmocionados por el Brexit y la victoria de Trump y con las elecciones francesas a la vuelta de la esquina, nos ha hecho perder la visión de conjunto. Debemos recordar que el fenómeno Wilders no es nuevo. El partido de su predecesor Pim Fortuyn obtuvo el 17% de los votos en 2002; Geert Wilders sacó el 16% en 2010, el 10% en 2012 (tras apoyar el primer Gobierno de Rutte) y el 13% ahora en 2017. Incluso cuando las

encuestas lo señalaban como el candidato más votado, el porcentaje de voto no era significativamente mayor. La verdadera novedad radica en la fragmentación del espectro político: cada vez hay más partidos en el Parlamento y cada vez son más pequeños.

Tampoco debemos olvidar que el discurso xenófobo y, particularmente, islamóforo no es exclusivo de Wilders. Tras las elecciones holandesas, muchos respiraron tranquilos al ver en la victoria del liberal-conservador Mark Rutte la derrota del populista Geert Wilders. El mismo presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, sentenciaba aliviado que «los holandeses han votado a favor de los valores europeos: sociedades abiertas y tolerantes». Pero la victoria de Rutte, como también se ha señalado, no se ha producido a cambio de nada: condicionado por las encuestas, Rutte adoptó parte de la retórica populista de Wilders, sobre todo en lo que respecta a la inmigración y al islam. Esto tampoco es nuevo. Recordemos, sin ir más lejos, las políticas de mano dura y las declaraciones claramente islamófobas de Rita Verdonk, ministra de Inmigración e Integración por el mismo partido de Rutte entre 2003 y 2007.

Por todo ello, la pregunta que deberíamos plantearnos no es tanto qué explica el auge del populismo en los Países Bajos, sino cómo y por qué un país que se vanagloriaba de sus políticas multiculturales ha sucumbido parcialmente al discurso del miedo hacia el *otro*. Para explicarlo, algunos señalan el sentimiento de pérdida generado por las políticas de austeridad de los últimos años. Aunque el crecimiento económico está estabilizado en torno al 2% y la tasa de desempleo no llega al 6%, la realidad es mucho más compleja. Por un lado, la cifra de desempleo no es real: quedan fuera aquellos que están trabajando a tiempo parcial, que ya no buscan trabajo o que tienen una pensión por incapacidad permanente. El Banco Central holandés estima que, de tenerlos en cuenta, la cifra de desempleo subiría hasta el 16%. También ha aumentado la inseguridad laboral: uno de cada cinco trabajadores tiene un contrato temporal y alrededor del 17% son autónomos. Por otro lado, las políticas de austeridad de los últimos años han significado recortes fundamentales en sanidad, educación, programas de ayuda a los discapacitados, infraestructuras y vivienda social, entre otros. Es en este contexto que debemos explicar el argumento populista de *primero, los de casa*.

Pero los discursos antiinmigración empezaron a principios de la década de los 2000, mucho antes de la crisis económica y las políticas de austeridad. El eje fundamental de estos debates ha sido desde siempre la identidad, es decir, qué significa ser holandés. La centralidad de esta cuestión tiene que ver con cambios profundos en la sociedad holandesa. Hasta la década de los ochenta, las comunidades católica y protestante vivían en dos mundos aparte, cada uno con sus propias escuelas, periódicos y hospitales. En este contexto, los inmigrantes fueron acomodados como grupos culturalmente distintos en una sociedad ya dividida

(«pilarizada» es la palabra holandesa) de antemano. Sin embargo, un fuerte proceso de secularización transformó los Países Bajos en una de las sociedades más homogéneas de Europa. La defensa de los valores liberales (en torno a cuestiones tales como el aborto, el matrimonio homosexual o la igualdad de género) se convirtió en el eje de la nueva identidad holandesa. Aquellos que no lo comparten son sistemáticamente señalados como no holandeses e invitados a marcharse. Esto no ocurre en países como Francia o España, donde la población se encuentra mucho más dividida y, en consecuencia, estar a favor o en contra del aborto, por ejemplo, no te hace más o menos ciudadano.

Finalmente, no hay que olvidar el componente político. A lo largo de la década de los noventa, el lenguaje de lo políticamente correcto no dejó manifestar, y con ello diluir, cierto malestar acumulado en algunos sectores de la población. Los políticos preferían no hablar de inmigración, cuando lo que deberían haber hecho es explicarse mejor. Cuando este malestar salió a la luz, lo hizo ya en boca de Pim Fortuyn que, al igual que Geert Wilders después, acusó a los políticos tradicionales de ignorar lo que estaba pasando en la calle. Lo sorprendente es que muchos políticos pasaron al otro extremo en poco tiempo. Tanto desde la derecha como desde la izquierda, se empezó a asumir el «fracaso» de las políticas de integración, a poner el islam sistemáticamente bajo sospecha o a caer en el lenguaje binario del nosotros/ellos. Todo esto acompañado de unos medios de comunicación que han puesto el foco sistemáticamente sobre aquellos que «hablaban más alto y claro». Así se han amplificado los mensajes más extremos mientras se acallaban todos los demás.

El caso holandés demuestra que el discurso xenófobo e islamófobo va mucho más allá de los populistas. Salir de esta lógica binaria (populistas versus los demás políticos y ciudadanos) es imprescindible para darnos cuenta de hasta qué punto reproducimos sus argumentos. Pero también para entender sus razones, que es el paso previo necesario para poder combatirlos con hechos y argumentos pero también con más (y no menos) políticas públicas.



EL POPULISMO EN FRANCIA: ¿HACIA LA NORMALIZACIÓN?

Moussa
Bourekba

Investigador, CIDOB

CIDOB REPORT

01- 2017

Según el nuevo Índice de Riesgo Político de Coface, publicado en marzo del 2017, Francia es el segundo país más populista de Europa, con una puntuación del 70%, justo detrás del Reino Unido (73%). El discurso sobre el orden público, la identidad nacional y la desconfianza en el multiculturalismo se cuentan entre las razones principales de la calificación del país.

Tras la elección de Donald Trump en 2016, muchos observadores consideran a Francia como el próximo voto crucial. Las elecciones presidenciales de Francia son vistas como una prueba que confirmará (o no) la teoría según la cual la victoria de Trump dará un impulso a la retórica antinmigración, a la xenofobia y a los partidos populistas en Europa. Aunque las condiciones son diferentes en ambos países, la actual campaña presidencial de Marine Le Pen y su Frente Nacional (FN) muestra paralelismos interesantes con el populismo derechista estadounidense: el discurso antiélite contra los candidatos de los partidos políticos mayoritarios, la agitación anticontralista contra Washington y Bruselas, respectivamente, y el rechazo a la Unión Europea. Tanto Trump como Le Pen también culparon a sus respectivos estados del insuficiente control fronterizo, considerado como responsable del *dumping* social, de la pérdida de la identidad nacional y del terrorismo.

El programa de Le Pen gira esencialmente en torno a estas dimensiones con el fin de ayudar a Francia a garantizar lo que el Frente Nacional llama el «retorno de las cuatro soberanías»: monetaria, legislativa, presupuestaria y territorial. Lograrlo implicaría renegociar las cláusulas por las que Francia pertenece a la Unión Europea u organizar un referéndum sobre el Frexit para que este país sea de nuevo «libre»: es decir, sacar a Francia de la eurozona, limitar drásticamente la inmigración a las necesidades del mercado de trabajo, reafirmar el modelo republicano y sus valores mediante una lucha contra el multiculturalismo y el islam radical, y promover la «prioridad nacional», consistente en una serie de medidas proteccionistas favorables a bienes, empresas y personas franceses.

Como Francia es uno de los dos pilares principales de la UE, junto con Alemania, el resultado de la próxima elección presidencial podría tener grandes repercusiones para la Unión, como el colapso del euro o incluso una crisis financiera. Más aún, podría poner fin al debate en curso sobre la «Europa abierta» —los estados europeos post-Muro de Berlín, abiertos al mundo y abiertos unos a otros—, frente a la «Europa cerrada», en favor de la segunda. En el ámbito global, la diplomacia francesa —incluso los esfuerzos antiterrorismo en Siria, Irak y la región MENA (Oriente Medio y Norte de África), en general— podría salir perjudicada, como insinuaron recientemente diplomáticos franceses.

Más allá del caso de Marine Le Pen, varios indicadores tienden a mostrar que el populismo no es exclusivo de la extrema derecha en Francia. Recientemente, el candidato presidencial de Los Republicanos (LR) en 2017, François Fillon —investigado oficialmente por un escándalo de uso indebido de fondos públicos—, acusó repetidamente al Gobierno y al poder judicial de haber organizado un complot contra él. Recurrió pues a una herramienta clásica del populismo, al usar el argumento de la soberanía popular en contra de la soberanía de las instituciones. Su retórica sobre la identidad francesa y los inmigrantes es igualmente extrema y ha mostrado gran apertura hacia Rusia, exactamente como el Frente Nacional—que ha recibido financiación de Rusia y ha pedido el fin de las sanciones contra este país—.

Europa ha entrado en una nueva fase en la que el concepto de «populismo» es activamente reivindicado por los partidos de izquierda y de derecha, tal como subraya el sociólogo Éric Fassin en su libro *Populisme: le Grand Ressentiment* (2017). En Francia, el Frente de Izquierda, liderado por Jean-Luc Mélenchon, encarna la tendencia populista en la izquierda, en la misma línea que el Syriza griego, el Podemos español o el Movimiento 5 Estrellas italiano.

A la derecha, los movimientos populistas y los partidos políticos también pretenden hablar en nombre del «pueblo», jugando con otro registro de emociones. Mientras que François Fillon y Marine Le Pen aluden sobre todo a los temores (migración, fronteras, terrorismo), Jean-Luc Mélenchon insiste en la urgente necesidad de deshacerse de las élites, a quienes acusa de concentrar la riqueza del país y de monopolizar el poder. Pide una «revuelta controlada» —de ahí su lema, «la Francia desobediente»— rechazando la globalización y la integración europea. Al igual que Marine Le Pen, Mélenchon también promete celebrar un referéndum para abandonar la UE en caso de que no pueda negociar nuevas condiciones con Bruselas.

La escena política francesa parece estar atrapada entre visiones populistas en ambos lados del espectro político. Por un lado, el Frente Nacional de extrema derecha está preparado para obtener el mayor número de votos en la primera vuelta

de las elecciones presidenciales. Por otro lado, una plétora de partidos políticos, sindicatos y movimientos como el Frente de Izquierda, Lucha Obrera, la Liga Comunista Revolucionaria, el Nuevo Partido Anticapitalista, *Les Indignés* (Los indignados) o *Nuit Debout* (Noche en vela), no logran respaldar a un candidato único por muchas razones (el rechazo a ser instrumentalizados por un partido político, disputas internas, el método de votación legislativa, una presencia débil en los medios de comunicación, etc.).

En contraste con la desunión de la izquierda, el Frente Nacional se ha centrado en ganar las elecciones (locales y europeas) para tratar de asegurarse una victoria en las elecciones presidenciales. Sin embargo, según las encuestas, resulta poco probable que Marine Le Pen tenga éxito en las eliminatorias de la segunda ronda de las elecciones, donde lo más probable es que pierda contra el candidato independiente Emmanuel Macron, o contra Fillon si este consigue superar las turbulencias de su escándalo. No obstante, de manera indirecta, el discurso populista de extrema derecha todavía puede dar frutos, ya que su retórica se muestra cada vez más presente en el partido republicano y en grandes segmentos de la población.

Francia sigue en estado de emergencia: el riesgo de ataques terroristas es todavía elevado y la crisis de refugiados sigue en el centro del debate público, si bien su punto culminante fue en 2015. Es poco probable que las tendencias populistas desaparezcan después de las elecciones presidenciales, si bien es probable la derrota de Marine Le Pen en la segunda vuelta. Dada la distribución desigual de los discursos populistas en todo el espectro político y la incertidumbre sobre el resultado de las próximas elecciones legislativas, existe un riesgo elevado de una mayor polarización política.



**ALEMANIA:
PRESIONES
POPULISTAS SOBRE
MUTTI MERKEL**

Eckart Woertz

Investigador sénior
y coordinador de
Investigación, CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

Ya presente en Estados Unidos, Reino Unido e Israel, el conspirativo sitio web de extrema derecha, Breitbart, se está expandiendo a Alemania y Francia. Se puede estar en desacuerdo con su expresidente ejecutivo, Steve Bannon —que ayudó a propulsar a Donald Trump hasta la Casa Blanca y que es ahora su principal estratega—, pero sin duda es un emprendedor político de éxito, con una habilidad especial para convertir el sentimiento populista en votos y dinero. La elección de Alemania no es casual. Es el país más poblado de la UE y las opiniones xenófobas han aumentado tras la crisis de los refugiados. Alemania era el destino preferido —junto con Suecia— y recibió a más de un millón de refugiados. Merkel invirtió su capital político en la solución de la crisis. Después de sus gestos humanitarios y actitud acomodaticia iniciales, reforzó los controles fronterizos, negoció un acuerdo con Turquía para limitar los flujos migratorios e impulsó una redistribución paneuropea de refugiados que, hasta la fecha, no ha dado ningún resultado.

La transformación de Merkel fue el reflejo de un cambio en la opinión pública. Alemania fue testigo de un compromiso cívico solidario y exuberante al comienzo de la crisis de los refugiados, y tal compromiso aún existe hoy en día, pero las preocupaciones en torno a los desafíos de la integración han ido aumentando. Y no se limitan a la derecha marginal. Se estima que la integración de los recién llegados en el mercado laboral requiere un promedio de cinco años —más de lo que se esperaba inicialmente—, y también existen cuestiones de seguridad. Las agresiones sexuales por parte de grupos de inmigrantes del norte de África en la estación de ferrocarril de Colonia, en la Nochevieja de 2015, marcaron un punto de inflexión. A continuación, los atentados terroristas de Würzburg y Ansbach, por parte de solicitantes de asilo de Pakistán y Siria, fueron seguidos por el ataque de Berlín, en que un solicitante de asilo tunecino, rechazado y programado para ser deportado, arrasó un mercado navideño con un camión, matando a 12 personas.

Estos sucesos obligan a la reflexión. Merkel se encuentra ahora bajo la presión constante de su socio menor de coalición, la Unión Social Cristiana (CSU) de Baviera, que insiste en políticas de seguridad más estrictas para bloquear un mayor ascenso del nuevo partido de extrema derecha, Alternativa para Alemania (AfD, por sus siglas en alemán). Fundado hace tan solo cuatro años, este partido viró aún más a la derecha en 2015, cuando expulsó a su presidente fundador, Bernd Lucke, quien había defendido el conservadurismo fiscal y la oposición a los rescates del euro, pero tenía una opinión relativamente más liberal sobre la migración, siempre y cuando los inmigrantes tuvieran la cualificación necesaria. Desde la crisis de los refugiados, la AfD se ha convertido cada vez más en un partido monotemático que ha tratado de capitalizar los temores sobre la afluencia de los inmigrantes, y de los inmigrantes musulmanes en particular.

La AfD ha logrado una serie de éxitos en los parlamentos regionales, donde ha alcanzado resultados de dos dígitos. Ahora está presente en los parlamentos de 11 de los 16 *Länder*. En Sajonia-Anhalt consiguió, en 2016, más del 24% del voto y se convirtió en el segundo partido más fuerte después de la gobernante Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán). Esto indica una vez más la mayor prevalencia de inclinaciones xenófobas en la Alemania del Este, donde Dresde acoge las infames marchas de Pegida. En Baden-Wurtemberg el AfD obtuvo un 15,1%, superando a los socialdemócratas (SPD) cuyo porcentaje se redujo casi a la mitad, hasta el 12,7%. En Renania-Palatinado cosechó un resultado más moderado con un 12,6%. Ha tenido éxito sobre todo entre la población masculina, de clase trabajadora y/o desempleada; y ha recibido apoyo tanto de exvotantes conservadores como de izquierda por igual; asimismo, ha atraído a muchos antiguos abstencionistas. En mayo de 2017, su éxito podría continuar en las elecciones regionales en Schleswig-Holstein y Renania del Norte-Westfalia, el *Land* más poblado de Alemania, con casi 18 millones de personas.

Por razones históricas, los partidos de extrema derecha constituyen una cuestión delicada en Alemania, y existe un consenso transversal entre partidos para contenerlos. Si la AfD llegara a entrar en el Bundestag en las elecciones federales de septiembre, esto sería la primera vez que ocurre desde la Segunda Guerra Mundial. Otros partidos de extrema derecha como el Republikaner, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania o la Unión del Pueblo Alemán (NPD y DVU, respectivamente, por sus siglas en alemán) han ido y venido; y en ocasiones han logrado entrar en los parlamentos regionales, pero nunca en el Bundestag.

Como todos los demás partidos rechazan a la AfD, la formación de coaliciones se ha vuelto más difícil. Aparte de la AfD, los resultados de cada partido también son cada vez más desiguales según los *Länder*, como han mostrado las elecciones regionales de 2016. Los Verdes, antes un partido marginal, es ahora el partido más fuerte en Baden-Wurtemberg, pero se derrumbó en Renania-Palatinado y apenas

logró pasar el listón del 5% en Sajonia-Anhalt. El partido socialdemócrata, SPD, se desplomó en Baden-Wurtemberg y Sajonia-Anhalt, pero logró una ligera mejora en Renania-Palatinado, donde siguió siendo el partido líder. La CDU sufrió pérdidas masivas en Baden-Wurtemberg, donde ha sido el partido gobernante durante décadas, pero solo cayó ligeramente en las otras dos regiones. La izquierda (*Die Linke*) sigue mucho más fuerte en Alemania del Este que en Alemania Occidental.

Todo esto apunta a una mayor fragmentación del panorama de partidos en Alemania, donde los grandes «partidos populares» (*Volksparteien*) han perdido su poder para atraer a conjuntos cohesionados de votantes. Las elecciones resultan cada vez más volátiles y tienen más que ver con cambios de humor y personalidades que con programas. Durante décadas de su historia de postguerra, Alemania tuvo un panorama político bipartidista constituido por los dos *Volksparteien*, la CDU/CSU en el centroderecha y el SPD en el centroizquierda, con el liberal Partido Democrático Libre (FDP) entremedio, como partido bisagra. Con la llegada de los Verdes en la década de los ochenta y de la izquierda (*Die Linke*) en la década de los noventa, esta situación cambió, dando lugar a la dispersión del electorado del SPD, que ha quedado reducido ahora a la sombra de lo que fue. Si bien la CDU tuvo más capacidad para mantener su condición de *Volkspartei*, ahora está sujeta a procesos de erosión similares a los del SPD, perdiendo votos a favor de la AfD por la derecha y de los Verdes por la izquierda.

Mientras tanto, la AfD se siente avalada por la victoria electoral de Trump y está alcanzando a otros partidos populistas de Europa. En enero de 2017, asistió a un congreso organizado por el grupo derechista Europa de las Naciones y de la Libertad (ENF) del Parlamento Europeo, cuyo miembro Marcus Pretzell dirige la AfD en Renania del Norte-Westfalia y es el esposo de la líder federal de la AfD, Frauke Petry. Si bien los populistas de derechas coinciden en limitar la inmigración en general, y la musulmana en particular, existen diferencias significativas respecto a las políticas sociales. Marine Le Pen intenta asegurar el Estado del bienestar a su electorado nacional; en cambio, la AfD quiere reducirlo y, de hecho, tiene una agenda bastante neoliberal más allá de sus posiciones xenófobas. En política exterior, se puede observar una actitud muy receptiva respecto a las posiciones rusas. Si bien la AfD no ha recibido financiación oficial por parte de Rusia —a diferencia del Frente Nacional francés—, su líder, Alexander Gauland, cultiva estrechos contactos en Rusia y ha presionado para un acercamiento con el país. Esto se ha sumado al espectro de la intromisión rusa en la campaña electoral. Tales preocupaciones ya existían en Alemania incluso antes de la interferencia rusa en las elecciones de Estados Unidos, al ser pirateados los ordenadores del Partido Demócrata. Un ataque informático contra las oficinas del Bundestag provenía de Rusia; y, en el «caso Lisa», el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergey Lavrov, atizó las manifestaciones de los alemanes de ascendencia rusa por la presunta violación —que luego resultó ser falsa— de una niña en manos de extranjeros.

Últimamente, la estrella de la AfD muestra signos de desvanecimiento en las encuestas de opinión, donde ronda el 10% de los votantes. Ante la llegada decreciente de refugiados a Alemania, insistir en ello como única cuestión resulta menos atractiva y el tema ha quedado circunscrito a las peleas internas del partido. Su respaldo inicial a Donald Trump puede resultar contraproducente, ya que las excentricidades del nuevo presidente de Estados Unidos y su caótica administración son poco populares entre los simpatizantes de los conservadores y de la extrema derecha. En cambio, el SPD ha sido testigo de un notable resurgimiento desde que, en enero de 2017, eligió como líder a Martin Schulz, el expresidente del Parlamento Europeo. Su mensaje algo más de izquierdas de revertir algunas reformas neoliberales de los años 2000, así como una cierta fatiga ante la idea de otros cuatro años con Merkel fueron suficiente para impulsar al SPD del 20% a más del 30% en las encuestas, algo impensable hace solo unos meses: a saber, la derrota de Merkel ante una coalición del SPD, los Verdes y los liberales del FDP o una coalición de izquierdas entre el SPD, los Verdes y La Izquierda, ahora parece una posibilidad factible.

Las pérdidas considerables de la CDU/CSU provocarían un alboroto en ambos partidos y Merkel se enfrentaría a una creciente presión interna. Su toma de posición respecto a la crisis de refugiados es más popular entre los votantes de los Verdes y del SPD que dentro de su propio partido. Si la CDU/CSU de Merkel pierde el Gobierno ante una coalición liderada por el SPD, probablemente virará hacia la derecha. Y, con una izquierda más fuerte y más asertiva, la AfD lo tendría más difícil para establecerse de manera duradera en el panorama de partidos alemán.



LAS RAÍCES DEL POPULISMO EN POLONIA: CRECIMIENTO INSOSTENIBLE Y REACCIÓN CULTURAL

Dominik
Owczarek

Jefe del Programa
Sociedad y Democracia,
Institute of Public
Affairs (ISP), Varsovia

CIDOB REPORT
01- 2017

En 2015, el partido autoritario populista Ley y Justicia ganó las elecciones parlamentarias y las presidenciales en Polonia, por primera vez desde la caída del gobierno de Jaroslaw Kaczyński en 2007. La victoria se produjo después de perder ocho elecciones consecutivas (locales, parlamentarias, presidenciales y europeas) ante el partido Plataforma Cívica y su socio de coalición, el Partido Campesino Polaco. Formalmente, Andrzej Duda y Beata Szydło son el presidente y la primera ministra respectivamente; pero el poder real está en manos del presidente del partido Ley y Justicia, Jarosław Kaczyński, cuyo único cargo oficial es el de miembro ordinario del Parlamento. Desde que la nueva formación política ha llegado al poder, el populismo ha entrado en el Parlamento polaco y ha dominado el debate público.

La «edad de oro» de Polonia y el giro populista

Desde el punto de vista económico, Polonia ha sido uno de los países de Europa con mejores resultados desde la caída del telón de acero. El crecimiento de su PIB per cápita ha sido el mejor de entre todos los países postsoviéticos y postsocialistas. Desde su adhesión a las estructuras de la Unión Europea en 2004, también han mejorado otros índices clave: el promedio anual de ganancias nominales casi se duplicó entre el 2004 y el 2016 (un incremento del 60% al ajustarlo a la inflación), el salario mínimo aumentó más del doble nominalmente (o un 80%, ajustado a la inflación), el desempleo disminuyó más de 12 puntos porcentuales, la pobreza relativa cayó casi cuatro puntos porcentuales, y la pobreza extrema disminuyó en más de cinco puntos porcentuales. No ha habido un solo año de contracción económica, ni siquiera durante la crisis económica de 2008 o la subsiguiente crisis de la eurozona.

Sin embargo, gran parte de este crecimiento ha sido dispar. La desigualdad de ingresos aumentó mucho a consecuencia de la terapia de choque neoliberal de

los años noventa: el coeficiente de Gini pasó del 0,27 en 1990 al 0,33 en 2000, antes de estabilizarse alrededor del 0,34-0,35 desde 2005; y la tasa de desempleo alcanzó un máximo del 20% en 2003 y 2004. El nivel de ingresos en Polonia sigue siendo tres veces inferior a la media de la UE y apenas una quinta parte del salario promedio en Reino Unido. Polonia tiene una gran proporción de contratos de trabajo temporal (28%) y encabeza la UE en términos de horas de trabajo semanales. La incertidumbre en los mercados laborales y las oportunidades limitadas han llevado a casi 2,4 millones de polacos (más del 6% de la población total) a emigrar a países de Europa Occidental en busca de una vida mejor.

No obstante, contrariamente a lo ocurrido en la mayoría de los países de Europa Occidental, no fue la recesión posterior al 2008 la que abonó el terreno a los movimientos populistas. El impacto social de la crisis fue mucho menor que el impacto del proceso de transformación de los años noventa y, de hecho, nunca llevó a la recesión. Por lo tanto, resulta difícil argumentar que el éxito de los movimientos y de los partidos populistas en 2015 fue puramente el resultado del deterioro de las condiciones sociales y económicas, porque los éxitos electorales populistas son mucho más amplios de lo que el clima económico parecía justificar.

Existe una discrepancia sorprendente entre la valoración de las condiciones de vida personales por parte de la ciudadanía polaca y sus opiniones sobre la política y las condiciones económicas en general. Los polacos consideran que estas últimas son malas año tras año desde 1989 (con escasas excepciones), pero creen que sus condiciones de vida personales han mejorado.

Ley y Justicia ha capitalizado esta discordancia en su carrera de fondo hacia el poder. Construyó la narrativa de «Polonia en ruinas» (en contraste con los eslóganes electorales de la Plataforma Cívica: «Isla verde» y «Polonia en construcción»), centrándose en las percepciones negativas subjetivas de la vida pública y en las expectativas insatisfechas de algunos grupos. Al mismo tiempo, esta narrativa omitió hechos como la mejora de los indicadores socioeconómicos y propuso explicaciones alternativas de la realidad, a la manera de la posverdad. El caso polaco ilustra cómo el aumento de la prosperidad por sí solo no es necesariamente el antídoto para la retórica autoritaria populista. Fueron precisamente un liderazgo político inteligente y una retórica bien afinada lo que parece haber sido decisivo en la victoria del partido Ley y Justicia.

La victoria de la retórica populista y el inicio de la «democradura»

La adhesión a la OTAN y a las estructuras de la Unión Europea fueron los grandes objetivos del período de transformación. La sociedad estaba motivada para sacrificarse por el bien de estas metas. Sin embargo, una vez alcanzadas, los polacos sintieron que se enfrentaban a un futuro incierto. El sentimiento de esperanza que

unificaba las aspiraciones sociales fue reemplazado por el temor a las amenazas externas: la crisis económica proveniente de Estados Unidos y la zona euro, la guerra entre Rusia y la vecina Ucrania, la crisis de los refugiados y, más tarde, el Brexit y la posibilidad de que el derecho al trabajo de los trabajadores migrantes polacos pudiera verse reducido en los países de Europa Occidental.

Mientras tanto, la clase media emergente comenzó a ver los límites del crecimiento. Algunos de sus miembros se vieron gravemente perjudicados por el aumento del valor del franco suizo, que afectó a miles de titulares de hipotecas denominadas en esa moneda. De forma similar, aumentó la frustración y el miedo entre la generación joven. En Polonia, los *millennials* fueron la primera generación con tasas de asistencia universitaria al nivel de los países de Europa Occidental (alrededor del 50% entre los menores de 30 años). Han adquirido altas cualificaciones profesionales, han aprendido lenguas extranjeras y han estado en universidades extranjeras mediante becas, y ello ha creado expectativas acerca de sus futuras carreras y de su estilo de vida. La juventud polaca creía tener un estatus económico y unas perspectivas iguales que las de sus amigos Erasmus de los países occidentales, pero chocó con la realidad al entrar en el mercado de trabajo. Esta juventud se ha visto obligada a aceptar prácticas no remuneradas o empleos temporales no cualificados, y ha tenido que vivir con los padres ante las escasas posibilidades de alquilar o comprar un piso y formar una familia.

Además de los agravios económicos, ha aumentado el malestar entre parte de la población por la proliferación de normas sociales liberales y de derechos humanos, como el feminismo y los derechos LGBT. Los estudios muestran una creciente división social y política por cuestiones morales y culturales, más que socioeconómicas. La crisis de los refugiados –y, en especial, la polémica política de la Comisión Europea sobre las cuotas obligatorias de refugiados sirios para cada Estado miembro– provocó un aumento de la xenofobia, similar a los populismos de Europa Occidental.

La estrella de la Plataforma Cívica comenzó a desvanecerse a medida que aumentaban las frustraciones económicas y morales. En la campaña del 2015, el partido Ley y Justicia no se dirigió solo a su electorado habitual, a saber, las generaciones de más edad de las zonas rurales y de las pequeñas ciudades con menor nivel educativo y católicos romanos firmes con opiniones morales conservadoras. El partido también se acercó a las generaciones más jóvenes (animadas por jóvenes intelectuales a la última, los llamados «hípsters de derechas») y a los votantes indecisos decepcionados con los ocho años de Gobierno de la Plataforma Cívica. Además, ningún partido de izquierdas logró alcanzar el umbral de entrada, de modo que el partido ganador salió beneficiado al ganar puestos adicionales en el Parlamento.

Para reconstruir el país «en ruinas», Ley y Justicia prometió revertir la reforma de la edad de jubilación (de 67 años para hombres y mujeres a 60 para las mujeres y 65 para los hombres), ampliar considerablemente los beneficios familiares con el Programa Familia 500+ (Rodzina 500+), y construir muchos apartamentos nuevos en terreno de propiedad estatal. Los tres programas fueron introducidos en 2016 sobre la base de la doctrina mayoritaria, a pesar de las críticas de expertos y de las preocupaciones en materia de financiación. Se suponía que el aumento del gasto público estaría cubierto por una mejor recaudación del IVA, un nuevo impuesto sobre las ventas y un nuevo impuesto bancario, pero ninguno de estos programas se ha aplicado aún y Polonia probablemente incumplirá la normativa presupuestaria europea.

El generoso gasto público se utilizó para complacer al electorado, atenuar las críticas y así introducir cambios radicales «en nombre del pueblo». Ley y Justicia aplicó su doctrina del mayoritarismo al sistema judicial, violando libertades y utilizando su mayoría en el Parlamento para dismantelar los controles y los equilibrios del sistema democrático polaco. Se ha socavado la independencia del Tribunal Constitucional y de las cadenas públicas, y se han endurecido las leyes sobre reuniones públicas y sobre el sistema de financiación de las ONG. Esta «*democradura*» limita severamente el papel de los partidos de la oposición y las posibilidades de consulta pública, lo que llevó a la Comisión Europea a emitir una clara advertencia e iniciar los procedimientos de recomendación complementaria relativa al Estado de derecho, en enero del 2016.

Este no fue el único revés en materia de asuntos exteriores. El actual Gobierno ha deteriorado las buenas relaciones que tenía Polonia con las instituciones europeas y con sus socios estratégicos (por ejemplo, Alemania y Francia), pero también con Rusia. Los socios preferidos han perdido importancia y fiabilidad, es decir, el Reino Unido desde el Brexit y Estados Unidos con la llegada de Donald Trump. Incluso los países de Visegrado tienen solo un interés moderado en cooperar con Polonia en estas circunstancias. En marzo de 2017 el Gobierno de Beata Szydło provocó un escándalo durante las elecciones del presidente del Consejo Europeo. En lugar de apoyar a Donald Tusk, que se presentaba a la reelección, el Gobierno presentó a su propio candidato, quien no logró convencer a ningún Estado –ni tan siquiera a la Hungría de Víktor Orbán o a los demás países de Visegrado–.

A pesar de todo, una amplia mayoría de los seguidores del partido Ley y Justicia considera que su partido ha conseguido mejorar la calidad de vida, cumplir sus promesas, y mantener la democracia y el Estado de derecho. En definitiva, las cifras muestran una Polonia dividida: el 50% piensa que el Gobierno no está cumpliendo sus promesas electorales, y un 56% es crítico con su enfoque de la democracia y del Estado de derecho. Entre la oposición liberal y de izquierdas

–Plataforma Cívica, Polonia Moderna, Izquierda Unida y Juntos– esta cifra se dispara: un 70% piensa que el Gobierno del partido Ley y Justicia ha perjudicado la democracia del país.



HUNGRÍA: ¿POPULISMO O POLÍTICA?

Botond Feledy

Investigador sénior,
Center for Euroatlantic
Integration and
Democracy (CEID),
Budapest

CIDOB REPORT
01- 2017

El espectro político húngaro ha sido uno de los sistemas bipartidistas más polarizados de entre los antiguos países socialistas. Durante los últimos veinte años, los herederos de la élite comunista se han agrupado bajo la bandera del Partido Socialista y los conservadores alrededor de Fidesz (Alianza de Jóvenes Demócratas), dirigido por Viktor Orbán. Los socialistas estuvieron en el Gobierno durante tres mandatos y Fidesz pasa actualmente por su tercero. De los cuatro estados del Visegrado (Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría), la sociedad húngara es la más proclive a cuestionar si realmente se ha producido un cambio de régimen. El país es miembro de la OTAN desde 1999 y de la Unión Europea desde 2004, pero en varias campañas electorales ha sido frecuente escuchar «necesitamos finalizar el cambio de régimen *ya*».

Hungría nunca ha revelado la totalidad, ni tan solo una parte sustancial, de los archivos del servicio secreto de los tiempos del sistema de partido único anteriores a 1989. Esto ha servido a la élite política húngara para deslegitimarse mutuamente afirmando que alguien colaboraba con la policía secreta en el pasado; ha ofrecido ocasiones para chantajear y capacidad para establecer la agenda en los medios de comunicación. Por ejemplo, Peter Medgyessy, el primer ministro socialista elegido en 2002, fue marginado dos años después, cuando se dio amplia difusión a las revelaciones sobre su pasado como agente contratado por el servicio secreto. Estos ejemplos y el contexto social muestran hasta qué punto se ha vuelto antagónica la vida política en Hungría. Desde el 2002, cuando Fidesz perdió por poco las elecciones tras su acceso al poder por primera vez en 1998, la polarización de la sociedad ha llegado hasta el ámbito familiar. Al contrario que en los países vecinos, en Hungría la política es omnipresente.

En este contexto, Viktor Orbán consiguió alcanzar el apogeo de su poder en 2010, cuando ganó las elecciones con una mayoría constitucional –dos tercios de los escaños en el Parlamento– y pronto presentó

una nueva Constitución para el país, la cual restringió la libertad de prensa y la independencia del poder judicial. Fidesz sacó partido del sentimiento antiestablishment, derivado de los pobres resultados del Gobierno socialista y exacerbado por los efectos de la crisis financiera de 2008. Se ofrecía para ahuyentar a la élite socialista corrupta y «llevar el pueblo de nuevo al poder». Del mismo modo que Donald Trump amenazó con encerrar a Hillary Clinton durante la campaña presidencial de Estados Unidos, Orbán amenazó con meter en la cárcel al ex primer ministro socialista, aunque tampoco llegó a hacerlo.

Al igual que el grupo político conservador del Parlamento Europeo, Fidesz utiliza la expresión «partido popular» sin ninguna connotación negativa. Echa mano del mensaje cómodo, de iniciativas populistas y de la retórica para mantener el apoyo popular y aglutinar al electorado alrededor de su bandera. Fidesz introdujo incluso un nuevo término para la base política que deseaba preservar después de su arrolladora victoria en 2010: el «Sistema de Cooperación Nacional» o NER (*Nemzeti Együttműködés Rendszere*, por sus siglas en húngaro). Según esta declaración política de una página, la gente debe de situarse por encima de los partidos y unirse por el bien de la nación. Asimismo todas las oficinas de la Administración pública tuvieron la obligación de exhibir el documento. El NER era una herramienta para retratar a la oposición como proscritos que actuaban en contra de los intereses nacionales. Con este paso antipluralista, el Gobierno recién establecido reclamó el derecho exclusivo de representar al pueblo.

Este sentimiento antiestablishment no solo no ha desaparecido sino que ha crecido, abarcando cada vez a más actores externos. Cuando se acercaban las elecciones de 2014, Fidesz encontró nuevas élites contra las que luchar: la élite y la burocracia de Bruselas, los tecnócratas, y más tarde el propio Jean-Claude Juncker. El Gobierno tuvo serias discusiones sobre soberanía con la Comisión durante los primeros años, tras el éxito de la presidencia húngara del Consejo Europeo en 2011. Se desarrolló una gran campaña populista en contra del FMI como origen de todos los males. Justo antes de las elecciones, el anterior Gobierno socialista llegó a un acuerdo con la troika FMI-Banco Mundial-UE que abrió una línea de crédito de 20.000 millones de euros, acompañada de la exigencia de estrictas medidas de austeridad. Fidesz prometió no utilizar esos créditos y empezar a pagar dicha deuda. Gente de la sociedad civil, que había interiorizado el mensaje del Gobierno, fue incluso enviada a través del país a recaudar fondos. Desde 2011, Fidesz ha logrado disminuir la ratio entre deuda y PIB, pero con medidas cuestionables como la nacionalización de los fondos de pensiones privados. La deuda nominal ha aumentado solo lentamente en los últimos años.

La ola migratoria a través de la ruta de los Balcanes desde el 2015 ha ofrecido la oportunidad al Gobierno de reactivar debates antagónicos de forma simplificada. Los actores reprendidos fueron la Comisión Europea (supuestamente incapaz

de aportar una solución), Angela Merkel (por «invitar» a más inmigrantes con la apertura de las fronteras alemanas) y la UE en su conjunto (por tratar de hacer cumplir los planes de reasentamiento/reubicación obligatorios –aunque en realidad nunca se han llevado a cabo). Esta retórica política desembocó en otoño de 2016 en un referéndum con el cual Fidesz quería hacer llegar a Bruselas el mensaje alto y claro de que rechazaba las cuotas obligatorias y fortalecer así su soberanía nacional. El referéndum sobre migración no superó el umbral de validez, ya que la participación no llegó al 50%. Sin embargo, más de tres millones de votantes se manifestaron en apoyo a la posición del Gobierno, más que el promedio de votantes de Fidesz en las elecciones parlamentarias.

Es importante tener en cuenta que Fidesz no es el partido más de extrema derecha en Hungría. El partido Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik, por su palabra inicial en húngaro), con una trayectoria extremista de retórica antisemita y antirromaní, tiende al 20% en las encuestas de opinión. Jobbik ha suavizado visiblemente su conducta durante el tercer Gobierno de Orbán, dejando espacio para futuros partidos radicales y al mismo tiempo tentado a Fidesz con dar un paso más hacia la derecha. Este, por su parte, ha sido acusado de no haberse opuesto a Jobbik más claramente, aunque ha tratado de evitar el antisemitismo con la celebración del Año de la Conmemoración del Holocausto Húngaro en 2014, el patrocinio de la renovación de las sinagogas y el fomento del diálogo con las organizaciones judías.

El dominio de Fidesz en el discurso político se debe a que la oposición ha seguido fragmentada en dos elecciones consecutivas, mientras los medios de comunicación privados se han inclinado en favor de Fidesz, el cual ha conseguido captar también a los medios de comunicación públicos para sus propios intereses. Tres rasgos típicamente populistas aparecen aquí: 1) la retórica antiexpertos, 2) la política de la posverdad y 3) la renacionalización de la política. Se alentaron sentimientos antiexpertos y antisociedad civil a través de una campaña contra las ONG, las cuales fueron acusadas de ser agentes extranjeros. La policía investigó dos ONG que se beneficiaban de subvenciones noruegas, las fundaciones Ökotárs y DemNet. George Soros, el filántropo liberal de origen húngaro, y su fundación Open Society fueron reiteradamente blanco de los medios de comunicación. La política de la posverdad apareció por primera vez a gran escala durante la crisis migratoria: falsas alegaciones, noticias fabricadas y discursos completamente contradictorios invadieron los medios de comunicación húngaros. Finalmente, no cabe duda de que la actitud en política exterior de Viktor Orbán es la de un realista clásico (según la teoría de las relaciones internacionales). Con su afirmación de que la soberanía es el punto de partida en cualquier negociación, la renacionalización de la política constituye el eje principal en sus debates en la Unión Europea («devolver las competencias a los estados miembros») y lo fue en la relación de Hungría con Estados Unidos durante la Administración Obama («ninguna injerencia extranjera en la democracia húngara»).

Así, Fidesz se adelantó a su tiempo por su capacidad para capitalizar el creciente sentimiento antiestablishment, canalizándolo primero contra el Gobierno socialista y más tarde hacia el ámbito internacional para desviar la atención de los debates internos. En otras palabras, Fidesz *no* se ha convertido en establishment a ojos de sus votantes a pesar de sus dos ciclos consecutivos de mandato. Dadas las dimensiones de Hungría, resulta una maniobra política factible reemplazar narrativas internas conflictivas por otras de ámbito internacional, más fácilmente moldeables según los intereses de determinado partido, puesto que el electorado tiene menos experiencia directa en estos asuntos.



**PUTIN:
ICONO DE LOS
POPULISMOS
EUROATLÁNTICOS**

Nicolás
de Pedro

Investigador principal,
CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

Putin es un referente para los populismos de derechas a un lado y otro del Atlántico. Hace años ya, mucho antes de la aparición política de Donald Trump, que el ala más reaccionaria del Partido Republicano -el *Tea Party*- y grupos racistas de extrema derecha estadounidenses muestran su admiración por el presidente ruso. Durante la campaña presidencial, Trump lo presentó como un arquetipo de sus aspiraciones presidenciales. Algo parecido sucede con la mayor parte de movimientos xenófobos europeos. Tanto el Front National (FN) francés como la Alternative für Deutschland (AfD) alemana o el United Kingdom Independence Party (UKIP) británico parecen fascinados por la imagen que proyecta -y cultiva- Putin de líder enérgico, viril y tradicionalista. Por caminos distintos, partidos como Syriza en Grecia, el Movimiento 5 Stelle italiano o Podemos en España -que cabe definir como populistas de izquierda- también muestran gran sintonía con Moscú, aunque, en este caso, por supuestas razones «geopolíticas». Así, sus simpatías se decantan por una suerte de «eje de la resistencia» ampliado que incluye además de Rusia a países como Irán, Siria o Venezuela aglutinados por su enfrentamiento con Washington. En este contexto, cabe preguntarse por la naturaleza del putinismo y por la posibilidad de incardinarlo o no dentro de la marea populista en Europa.

La caracterización ideológica del régimen de Putin genera debates intensos entre los expertos. En particular, existe poco consenso en lo relativo a la agenda conservadora impulsada tras su retorno a la presidencia en marzo de 2012. Para algunos como Michel Eltchaninoff, las convicciones del presidente ruso hunden sus raíces en el pensamiento ruso más nacionalista y conservador -particularmente en la obra del redescubierto Ivan Ilyin- y reflejan un intento consistente por modelar una identidad e *idea rusa* redefinida sobre estos parámetros y, en buena medida, confrontada con el Occidente liberal y cosmopolita. Para otras, como Marlène Laruelle o Kadri Liik, si algo caracteriza al putinismo es su flexibilidad y uso instrumental de varios registros doctrinales, con fines prag-

máticos y escaso interés por articular una suerte de nueva ideología oficial. Y lo cierto es que el régimen de Putin ha oscilado notablemente en sus propuestas y narrativa pública –o, si se prefiere, ha evolucionado–, pero su concepción estatista –la centralidad del Estado en la vida política y social– es un elemento constante e invariable. Ese es, en mi opinión, el rasgo fundamental del pensamiento político del presidente Putin.

A primera vista, el régimen de Putin no encaja fácilmente en la definición de Cas Mudde, adoptada por este volumen, que pone el énfasis en la dicotomía entre la «gente pura» y la «élite corrupta». Si algo tienen claro los rusos comunes es que hay un abismo insalvable entre ellos y las acaudaladas élites políticas y económicas del país. Y si algo revela la creciente desmovilización electoral, y confirman reiteradamente las encuestas, es que el ciudadano medio considera que su capacidad para influir políticamente es nula.

Sin embargo, el eje *gente/pueblo* es una constante en el discurso de Putin y en la narrativa del Kremlin. De hecho, el régimen se presenta a sí mismo como una encarnación de las aspiraciones y destino del pueblo ruso, siguiendo en esto la tradición soviética. Más allá de la pasividad social y política, una de las claves para explicar esta situación –aparentemente aceptable para la gran mayoría de la población– tiene que ver con el lugar asignado al Estado en el espacio simbólico, presentado como manifestación tangible de la identidad colectiva rusa. De esta manera, no sólo no pueden concebirse el uno sin el otro, sino que los intereses de la *gente* y el *Estado* no pueden, desde esta perspectiva, presentarse como divergentes.

Para reforzar la legitimidad popular de su mensaje, el Kremlin cuenta con las *vozes nacional-populistas* de la leal oposición parlamentaria a izquierda y derecha –el Partido Comunista de la Federación Rusa, liderado por Guennadi Ziugánov, y el Partido Liberal Demócrata, encabezado por Vladímir Zhirinovsky– que agitan el espacio público con soflamas demagógicas, pero sin suponer ningún desafío político real ni cuestionar la figura del presidente Putin. A ello, por supuesto, se añade el hecho de que el Kremlin construye para su opinión pública un supuesto enemigo exterior –Occidente– que aspira a quebrar el *Estado* ruso y con ello la prosperidad de la *gente*. Esto facilita la pretendida convergencia de intereses y un esquema de *fortaleza asediada* en el que los críticos locales se convierten en *quintacolumnistas* y *traidores*. Y como no se trata de Occidente en general, sino de sus élites en particular, es posible construir un relato en el que un Kremlin dominado por millonarios de vida ostentosa y con mansiones en Londres o la Costa Brava se presenta como guardián y garante de los intereses de la *gente común* –el pueblo ruso– frente a unas elites «globalistas y cosmopolitas», pretendidamente depredadoras en lo económico y depravadas en lo moral (y, cabría añadir, en lo étnico-racial).

Y es esta dimensión exterior la que permite comprender, además, por qué una figura como el opositor Alekséi Navalny que aspira a liderar la resistencia de la *gente pura* frente a la élite corrupta puede ser caracterizado como un *liberal al servicio de intereses extranjeros* por los medios de comunicación rusos y ser percibido como tal por una parte significativa de la población. Y esto a pesar de que el movimiento de Navalny se articula en la denuncia constante de la corrupción imperante entre la élite dirigente, lo que lo asemeja a movimientos populistas europeos de izquierda y con el espíritu originario de los indignados. Pero, Navalny también coquetea en su discurso con el rechazo a la inmigración del Cáucaso y Asia Central –achacadas también al Kremlin y sus proyectos de integración eurasiática– y ha flirteado en ocasiones con el nacionalismo xenófobo, lo que lo acerca al FN, el AfD o el UKIP. En cualquier caso, la naturaleza del sistema político ruso, y el empleo por parte del Kremlin de todo tipo de recursos formales e informales para impedir la consolidación de cualquier alternativa, hacen inviable una toma del poder por medios electorales. En otras palabras, un Podemos, sencillamente, no podría emerger en Rusia.

La agenda conservadora y la idea de fortaleza asediada promovidas por el Kremlin se han intensificado con la oleada de protestas en Moscú y San Petersburgo de finales de 2011 y con la crisis de Ucrania. Unidos a ellas, el progresivo deterioro de la economía rusa y las pobres perspectivas a medio plazo han obligado al Kremlin a buscar nuevas fuentes de legitimidad. Por consiguiente, cabe interpretar la anexión de Crimea como una operación motivada también, e incluso principalmente, por razones de política doméstica. Como apuntaba Ivan Krastev en una entrevista publicada en junio de 2015, con la anexión –y la consiguiente fiebre del *Krim nash* (Crimea nuestra)– Putin ha conseguido «desvincular su propia legitimidad y la de su régimen del desempeño económico de Rusia». Si bien, sobre este punto, es importante indicar que la legitimidad de Putin y su estructura de poder discurren, parcialmente, de forma independiente. La genuina popularidad del presidente contrasta con el malestar imperante frente al contexto socioeconómico y las pobres expectativas vitales. Y ello a pesar de la enorme concentración de poder en manos del propio presidente. Pero, a ojos de muchos y como en otros entornos autoritarios y con fuerte culto a la personalidad, funciona la fórmula del «si el buen Rey supiera lo que hacen sus ministros»...

Como otros populistas, Putin ha tenido, como mínimo, el olfato político para intuir un estado de ánimo latente en la ciudadanía rusa que, sugiere Krastev en la misma entrevista, deseaba, fundamentalmente, dotarse de *significado* como respuesta ante la crisis. Y esto se traduce en una agitación nacionalista y patriótera que galvaniza el apoyo popular y desvía la atención de otros asuntos. El llamado consenso Putin se ha redefinido y, a falta de prosperidad económica, ahora ofrece *significado*, espectáculo y exaltación dentro de unos límites claramente fijados por el Kremlin y bastante más estrechos de lo que suele creerse. La gran incógnita

es, claro, si este esquema es sostenible y por cuánto tiempo. Ya no se trata, como en los dos primeros mandatos (2000-2008), de una propuesta de normalidad – que ha fracasado–, sino de excepcionalidad. Es una apuesta, además, extremadamente dependiente de un contexto regional e internacional con pocos visos de mejorar a corto plazo. Lo cataloguemos de populista o no, el régimen putinista seguirá, por ello, generando una enorme incertidumbre hacia dentro y hacia fuera.



EL POPULISMO EN SUECIA: POLARIZACIÓN SOCIOECONÓMICA EN EL MODELO DE ESTADO SOCIAL- DEMÓCRATA

Khali El-Ahmad

Trabajadora social
en la municipalidad
de Uppsala, Suecia.
Posgraduada en
Inmigración,
Universitat Autònoma
de Barcelona

CIDOB REPORT
01- 2017

Las elecciones generales del 2010 cambiaron la dinámica de la política sueca cuando el partido populista Demócratas de Suecia (SD) superó la barrera del 4% para entrar en el Parlamento. El partido nacionalista, con raíces en el fascismo sueco y dirigido por Jimmy Åkesson, obtuvo el 5,7% y ganó 20 escaños parlamentarios, convirtiéndose en el tercer partido más importante de Suecia. El país estaba en estado de shock. La imagen de la Suecia abierta y multicultural quedó manchada. Si bien el resto de partidos, en ambos lados del espectro político, prometió no colaborar con el SD, este continuó aumentando su éxito en las elecciones generales del 2014 al conseguir el 12,9% y ganar 49 escaños en el Parlamento. Esta tendencia al alza sigue intacta. En los últimos sondeos generales del Instituto Sueco de Investigación de Opinión Pública (SIFO), el SD subió hasta el 16,9%, lo que le coloca en una cómoda posición ante las próximas elecciones generales de septiembre de 2018.

¿Qué hace que el SD resulte tan atractivo? Este partido promete combatir la delincuencia y ofrecer «al verdadero pueblo sueco» oportunidades de trabajo, un buen nivel de vida, mejores viviendas y un sistema de bienestar mejorado. El partido se dirige a los votantes que quieren soluciones simples. Los votantes del SD son principalmente hombres, de clase trabajadora, de bajo nivel educativo, en su mayoría heterosexuales, con una visión tradicional del papel de la familia y de la mujer en la sociedad, que no creen en el multiculturalismo ni en la globalización. El SD promete promover la cultura y la identidad suecas y celebrar un referéndum sobre la pertenencia a la Unión Europea, a la que se opone. Promete también una reducción drástica de la nueva inmigración y reclama la asimilación completa de los inmigrantes que viven en Suecia. Muchos inmigrantes naturalizados tienen problemas para integrarse, ya que no hablan sueco ni se relacionan con la cultura del país, lo que a su vez afecta a sus hijos. Es el caso sobre todo de las mujeres de bajo nivel educativo.

Según un informe de la OCDE, Suecia es uno de los países más segregados de Europa desde el punto de vista étnico. Se da una gran concentración de inmigrantes en las tres ciudades más grandes: Malmö, Gotemburgo y Estocolmo. Parte de esta concentración es voluntaria: alguna gente elige vivir en áreas con muchos inmigrantes porque es nueva en el país y busca una red de personas del mismo origen. Otros inmigrantes, con mayores ingresos y atraídos por un estilo de vida determinado, pueden preferir vivir en áreas sin inmigrantes. Sin embargo, a veces la segregación étnica es involuntaria, resultado de la discriminación, y este tipo de exclusión tiene consecuencias negativas en la sociedad. Son ejemplos de ello los casos en que los arrendadores, los empleadores y los profesores no dan a los inmigrantes las mismas oportunidades que a los demás por su origen étnico. La abundante inmigración de los últimos años se ha concentrado en el sur de Malmö, donde el SD tiene una proporción de votos particularmente alta. Esta situación ha llevado a tensiones en el sistema de bienestar que afectan a la vivienda, la atención sanitaria y las escuelas, así como a un aumento de la delincuencia. Los votantes del SD ven a los inmigrantes como una amenaza para su bienestar económico, su sensación de seguridad y su identidad. Sienten que la influencia de otras culturas está diluyendo la identidad sueca, cambiando los valores y el modo de vida suecos.

La globalización, la racionalización técnica y la deslocalización de empresas manufactureras hacia otros países con mano de obra más barata han dejado a la clase trabajadora tradicional sueca desempleada y frustrada. En especial a los hombres. Las personas altamente cualificadas y formadas están cada vez más demandadas y se mueven libremente por la UE, dejando atrás a las personas que carecen de las competencias necesarias para prosperar. Los emprendedores y la gente con empleos de baja remuneración se ven compitiendo con inmigrantes que pueden tener mayores cualificaciones y están dispuestos a hacer el trabajo cobrando menos. Muchos se sienten decepcionados por los políticos de ambos lados del espectro político, incapaces de proporcionarles el cambio social y la seguridad que necesitan. El consiguiente desplazamiento de los votantes de clase baja y media hacia el SD ha generado presiones populistas sobre los partidos tradicionales. Como respuesta, el actual Gobierno socialdemócrata estableció controles fronterizos y una política de inmigración más estricta.

¿Qué debe cambiar? En el Índice de Políticas de Integración de Inmigrantes (MIPEX), Suecia ha sido clasificada como el país con la mejor política de integración. Sin embargo, la mayoría de las familias de inmigrantes con escasa formación y los jóvenes se quedan atascados en el sistema de asistencia pública, segregados en las afueras de las grandes ciudades o aislados en medio de zonas rurales.

En Suecia, existe una gran escasez de viviendas, que hace imposible trasladarse para encontrar trabajo. Se produce discriminación en el mercado de la vivienda:

los propietarios tienden a favorecer a los inquilinos con un nombre sueco, lo que deja a los inmigrantes en manos del mercado negro y hace que las viviendas sean más caras e inseguras para ellos. Además, muchos inmigrantes tienen también dificultades para conseguir una hipoteca para adquirir una propiedad, ya que la mayoría de ellos no pasa la verificación de solvencia.

A muchos nuevos inmigrantes altamente cualificados y con experiencia relevante en sus países de origen les resulta difícil aceptar un trabajo como limpiador, camarero o conductor de autobús. Por otro lado, los suecos deben competir con los inmigrantes por trabajos poco remunerados.

El Gobierno necesita abordar los problemas socioeconómicos e invertir en capital humano proporcionando los recursos necesarios a una población multicultural cada vez más cambiante. La educación superior debería ser accesible para todos, pero es bastante difícil acceder a ella por la limitada capacidad de las universidades. Suecia tiene una población envejecida y necesitará mano de obra formada y cualificada. El acceso a una vivienda asequible es clave para fomentar la movilidad de la población en el país, lo que a su vez movilizaría la fuerza de trabajo y reduciría la segregación.

El Gobierno propuso recientemente salarios más bajos para los inmigrantes entre los 25 y los 45 años sin educación superior. Esto ayudará a que muchos inmigrantes salgan de la asistencia pública y sean más atractivos para el mercado laboral, así como a darles una experiencia valiosa e involucrarlos en la sociedad, pero ¿hará que estén más integrados? ¿No les hará sentir ciudadanos de segunda? En la actualidad es mucho más difícil conseguir un trabajo para un solicitante de empleo con un nombre extranjero que para uno con un nombre nativo sueco. Entonces, ¿ello no aumentará la discriminación en el mercado de trabajo?

A fin de cuentas, se trata de una cuestión de asignación de recursos: ¿gastamos dinero en «nosotros» o lo gastamos en «ellos»? Los partidos políticos de ambos lados del espectro están planeando reducir el gasto en los inmigrantes en un intento de atraer a los votantes que han perdido ante el SD antes de las próximas elecciones generales en 2018. El SD está trepando lentamente hacia el poder normalizando lo que defiende. Al mismo tiempo que Marine Le Pen quiere disminuir el apoyo financiero para los padres con antecedentes extranjeros, el Gobierno sueco propone reducir el apoyo financiero a las familias con hijos nacidos en el extranjero. En enero del 2017, el partido conservador y los moderados acordaron colaborar con el SD de forma pasiva para derribar al Gobierno de centro-izquierda, algo impensable hace unos pocos años. Al abrir una puerta al SD, los moderados están enviando un mensaje de aceptación y de reconocimiento del SD como partido. ¿Las elecciones generales del 2018 se centrarán en la inmigración o, por el contrario, en cómo abordar los problemas fundamentales de la sociedad sueca?



**MARCANDO
LA AGENDA
DEL BREXIT:
EL POPULISMO
Y EL UKIP EN
EL REINO UNIDO**

Pol Morillas

Investigador principal,
CIDOB

CIDOB REPORT

01- 2017

Las malas lenguas dicen que en el Reino Unido ya no hace falta votar al UKIP (UK Independence Party, partido eurófobo y de extrema derecha) para votar por sus ideas. La influencia del partido ha sido fundamental para entender las dinámicas de la política británica antes y después del referéndum del Brexit, convirtiendo buena parte de las ideas del partido de Nigel Farage en agenda de gobierno.

Antes del referéndum del Brexit, el partido Conservador, bajo el liderazgo de David Cameron, vio cómo su ala más euroescéptica daba por buenas las proclamas antieuropeas del UKIP. Esto llevó a Cameron a prometer un referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la UE si ganaba las elecciones generales de 2015. Durante la campaña del referéndum del Brexit, las tesis del UKIP endurecieron la campaña del «leave» con proclamas para «recuperar la soberanía» y en contra de la inmigración. Consumada la opción del Brexit, la línea dura se ha impuesto como condición de partida de las negociaciones con Bruselas, con la voluntad declarada de Theresa May de abandonar el mercado único para atajar la inmigración europea y eliminar la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la UE.

La ideología del UKIP ha permeado en la agenda de las fuerzas políticas de centro en el Reino Unido, y este es quizá el aspecto más relevante de los efectos del populismo en la política británica. Tan es así que, incluso en el momento en el que el UKIP se ha visto engullido por luchas fratricidas desde la dimisión de Nigel Farage como líder, buena parte de sus ideas han seguido en el debate público después del referéndum. Es el caso de la agenda de gobierno de la primera ministra británica, pero también del líder de la oposición Jeremy Corbyn, que nunca se ha mostrado dispuesto a defender posiciones radicalmente distintas a las del Gobierno en la gestión del Brexit. Haciendo uso del marco planteado por Diego Muro en este volumen, el UKIP y la política británica post-Brexit se caracterizan por compartir elementos clave con la definición de populismo.

En primer lugar, el Brexit se ha planteado como una confrontación entre la «gente común» y el *establishment*, propia de las fuerzas populistas cuando dicen empatizar con las preocupaciones del «pueblo» y atacar los intereses de sus dirigentes. Durante la campaña del referéndum, la división en el partido conservador, por un lado, y la presión de su ala más euroescéptica y del UKIP, por otro, provocaron que el Brexit se convirtiera en arma arrojada contra el Gobierno de David Cameron, que vio cómo perdía popularidad a medida que se acercaba el voto.

Las críticas contra el *establishment* incluían objetivos tan variados como el Banco de Inglaterra, el Fondo Monetario Internacional, los líderes de las principales potencias mundiales o los sindicatos y patronales –todos ellos favorables al «*re-main*»-, lo que llevó al antiguo ministro de Justicia de Cameron a pronunciar su famoso «Britons have had enough of experts». La animadversión hacia las élites ha permanecido después del referéndum y los tabloides británicos han llegado a bautizar como «enemigos del pueblo» a los jueces que obligaron al Gobierno de Theresa May a someter la activación del artículo 50 del Tratado de la UE para el Brexit al Parlamento británico.

En segundo lugar, la campaña del Brexit dio centralidad a dos elementos clave de la agenda populista: la soberanía y la inmigración. La exclamación de Nigel Farage «we want our country back» inspiró el lema oficial de la campaña del Brexit: «take back control». Durante la campaña, alrededor de un 30% de los encuestados creía que un motivo de peso para acudir a las urnas era el derecho del Reino Unido a «actuar independientemente», a la par con las preocupaciones sobre el empleo y la economía en general. En lo alto de sus prioridades para negociar un acuerdo con la UE después del Brexit, Theresa May puso «retomar el control de nuestras propias leyes» y acabar con la jurisdicción europea.

Un poco por detrás figuraba la necesidad de «controlar la inmigración» proveniente desde Europa, lo que se tradujo en la voluntad de abandonar el mercado único y la libertad de movimientos que lleva aparejada. La inmigración figuraba también en lo alto de las preocupaciones de los británicos durante los meses anteriores al referéndum (cerca del 50% de los ciudadanos así lo afirmaba, mientras que un 30% reconocía que la inmigración sería un elemento determinante de su voto). Sin embargo, a diferencia de otros populismos en Europa, el rechazo a la inmigración en el Reino Unido no ha tomado tintes antiislam tan destacados, sino que se ha centrado en buena parte en atajar la llegada de ciudadanos europeos.

Finalmente, el Brexit también ha puesto de relieve lo difícil que resulta llegar a un consenso acerca de los elementos causales del populismo. Algunos estudios han enfatizado elementos socioeconómicos clásicos como la pobreza, la vulnerabilidad y la falta de oportunidades como elementos explicativos del voto Brexit, relacionándolo con la ola de rechazo generada por los «perdedores de la globali-

zación». Otros han puesto de relieve la variable educativa, sin negar la correlación existente entre esta y otros elementos estructurales como la situación económica. Incluso algunos han explicado el voto favorable a abandonar la UE como algo ligado a los valores personales, encontrando niveles de correlación sorprendentes entre el apoyo al Brexit y a la pena de muerte o el rechazo a las sociedades abiertas.

Sea como fuera, el Brexit ha resultado ser el primer evento de una serie de reacciones «contra el sistema», desde la victoria de Trump en Estados Unidos al auge de Marine Le Pen en Francia, pasando por Orbán en Hungría o Wilders en Holanda. Todos ellos forman parte de una temida «internacional populista», a pesar de que sus raíces y expresiones toman formas distintas en función del escenario nacional en el que actúan. El Brexit no deja de ser algo en lo que estos líderes se ven reflejados, precisamente gracias a su capacidad de transformar en convencionales ideas como «retomar el control» o luchar contra «los de fuera», anteriormente en manos de partidos extremistas como el UKIP y hoy en el centro de la agenda política británica.



EL POPULISMO EN ITALIA: EL CASO DEL MOVIMIENTO CINCO ESTRELLAS

Elena Dal Zotto

Máster en economía
y desarrollo, Universidad
de Florencia. Exasistente
de investigación, CIDOB

CIDOB REPORT
01- 2017

Los italianos sufren de una debilidad inherente: el populismo. El fenómeno está profundamente arraigado en la historia del país. De formas diversas, ha sido recurrente desde el proyecto fascista. Las versiones actuales del populismo, representadas por la Liga Norte (LN) de Matteo Salvini y el Movimiento Cinco Estrellas (M5S) de Beppe Grillo, constituyen juntos aproximadamente el 40% del electorado.

En vista de las elecciones generales de 2018, el riesgo más concreto de una deriva populista radica en el M5S, un riesgo más tangible que las posiciones anti-europeas y antimigración de la derechista LN, que capta *solo* el 10% de los votos. Las últimas encuestas (del 24 de marzo de 2017) muestran que el M5S es la primera fuerza política del país, con el 31% de preferencia de voto y un 5% de ventaja respecto al Partido Democrático (PD) en el Gobierno. El PD se está aún recuperando de un congreso encarnizado, del que algunos exponentes secesionistas (Bersani, D'Alema, Rossi y Speranza) salieron cerrando la puerta en las narices a Matteo Renzi, que fue primer ministro hasta diciembre de 2016 y secretario general del partido hasta el febrero de 2017. En el período previo a las elecciones primarias del partido, previstas para el 30 de abril de este año, el porcentaje de votos favorable a Renzi va en aumento, distanciándole del ministro de Justicia, Andrea Orlando, y del gobernador de Apulia, Michele Emiliano. Es probable que el exprimer ministro recupere el liderazgo del centro izquierda. Aun así, el reto para Renzi de cara a las elecciones generales se anuncia difícil, incluso como secretario general recién rehabilitado del PD, debido a su limitada popularidad tras su (demasiado) reciente –y en muchos aspectos, decepcionante– mandato como primer ministro.

En cambio, el M5S aún no se ha visto comprometido por experiencias administrativas perjudiciales, a pesar del polémico mandato de la alcaldesa de Roma, Virginia Raggi, que no parece haber marcado una diferencia. El prolongado estado de decadencia de la capital, fomentado por varias administraciones a lo largo del

tiempo, parece haber contribuido a su calificación como «tierra de nadie». Como resultado, el escenario de un Gobierno *estelar* del M5S parece cada vez más real, con consecuencias impredecibles para el país y posiblemente portador de una nueva ola de inestabilidad. Las primeras medidas de un Gobierno del M5S serían el establecimiento de una renta mínima garantizada y la celebración de un referéndum consultivo sobre el euro.

El M5S muestra síntomas típicos del populismo (como sinónimo de demagogia, grosería cultural y rebeldía aparente) que son comunes en muchas protestas de base. Manifiesta una hostilidad pronunciada hacia la clase política que contraponen a la imagen del ciudadano común, el cual compensa la falta de experiencia con honestidad cuando ocupa el cargo. Rechaza las categorías de derecha e izquierda, que considera meros recursos para distraer a la gente de la oposición real entre arriba (la clase dominante corrupta) y abajo (el pueblo virtuoso). Afirma que existen soluciones simples a problemas complejos, es propenso a formas elementales de democracia directa, rechaza cualquier tipo de alianza política y se niega a organizarse como suelen hacerlo los partidos políticos, doblegándose a la voluntad de Beppe Grillo y de su carismático liderazgo.

Nacido para estimular la democracia directa y la transparencia a través de internet, el principio romántico del M5S de que cada uno vale uno, en realidad, ha dejado poco espacio para el pluralismo y la disidencia interna. Desde 2012, más de 60 miembros discrepantes han sido expulsados del partido. Además, si bien lícito desde el punto de vista jurídico, el código de conducta impuesto a todos los candidatos del M5S en la última ronda de las elecciones administrativas locales ha sido muy controvertido. El contrato obliga a los candidatos elegidos a consultar al garante (es decir, a Beppe Grillo) cualquier decisión crucial y a pagar una multa de 150.000 euros como compensación por la reputación dañada del M5S, en caso de que no se respeten las directrices éticas.

Más aún, el M5S ha sido acusado recientemente de ser una fuente importante de desinformación y de propaganda del Kremlin. Una investigación periodística ha rastreado la red de información del M5S, empezando por el blog y las cuentas en redes sociales de Beppe Grillo, hasta varios sitios web gestionados por la empresa de comunicación del cofundador del M5S, Gianroberto Casaleggio (fallecido en 2016 y sustituido por su hijo Davide), que desarrolló y controla la tecnología para el voto en línea interno del M5S. La investigación también examinó la relación entre el M5S y Rusia, ya que muchos artículos que aparecen en las páginas web vinculadas al M5S fueron publicados originalmente en sitios web y periódicos bajo el control del Kremlin, como *Sputnik* y *Russia Today*.

Hasta 2014, el interés del M5S hacia Rusia era mínimo y sobre todo crítico. En ese momento, Putin era considerado un amigo y aliado autoritario del ex primer minis-

tro Silvio Berlusconi. Como tal, fue demonizado por el M5S. Cuando los primeros hombres armados entraron en el este de Ucrania, el M5S habló de una invasión. Acusó tanto al Gobierno italiano como a la Unión Europea de no adoptar una posición firme contra Rusia para proteger los acuerdos comerciales sobre el suministro de gas. Sin embargo, las cosas han cambiado radicalmente desde entonces. El M5S pide ahora la inmediata eliminación de las sanciones económicas a Rusia y un referéndum para salir de la OTAN.

En lo que respecta a Unión Europea, el Movimiento profesa la voluntad de «permanecer para cambiar la Unión desde dentro». Sin embargo, vale la pena mencionar que, desde 2014, el M5S forma parte del grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa (EFDD) con el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) de Nigel Farage, de extrema derecha, al que Grillo apoyó como aliado en un primer momento. No obstante, durante la actual legislatura parlamentaria, los 17 eurodiputados del M5S han votado más en consonancia con el Grupo Confederado de la Izquierda Unitaria Europea / Izquierda Verde Nórdica (GUE/NGL), los Verdes (Greens/EFA) y la Alianza de los Liberales y Demócratas por Europa (ADLE), que con el UKIP. Los primeros días de enero 2017, Grillo activó en su blog una votación en línea para definir la nueva estrategia de alianzas del M5S y posiblemente abandonar la coalición con el UKIP, puesto que, con el futuro Brexit, este dejaría de ser miembro del Parlamento Europeo. Los Liberales (ALDE) emergieron como la opción favorecida, después de la negativa de los Verdes a abrirse a Grillo. Sin embargo, el intento del M5S de converger con la coalición liberal y proeuropea fracasó. Guy Verhofstadt, jefe de la ADLE, acusó al M5S de no ofrecer «garantías suficientes en una agenda europea común» y de tener puntos de vista opuestos sobre temas europeos clave, como la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP). En consecuencia, el M5S volvió al EFDD y a su aliado UKIP, prometiendo continuar su batalla contra el euro y el Acuerdo de Dublín sobre los refugiados.

Comparado con formas anteriores de «partido de un líder» y de populismo en Italia, como el Forza Italia de Silvio Berlusconi o la Liga Norte de Umberto Bossi, el M5S resulta difícil de enmarcar en el espectro derecha-izquierda. Propone medidas tradicionales de izquierda, como la renta mínima, pero luego se alía con los euroescépticos. La alternancia de gobiernos de izquierda y de derecha y la Unión Europea solían ser considerados como regeneradores para el sistema político italiano. Ahora este papel se ve en entredicho, ya que el M5S pretende deslegitimar a la UE y a la clase política en su conjunto.

La democracia de la web que practica el M5S tiene un considerable *sesgo de selección*. No es representativa de todo el país, cuya población se cuenta entre las de más edad del mundo y, en consecuencia, tiene un índice de digitalización bajo. El blog de Grillo y los sitios web del M5S utilizan los mismos mecanismos que Google para analizar las visitas. Algunos comentaristas sospechan que el programa políti-

co del M5S es el mero resultado de un algoritmo que proporciona los temas más populares en internet. Antiguos miembros del M5S informan que el sistema realiza un seguimiento de los votos individuales, lo que permite simular escenarios de votación y posiblemente manipularlos. Estas graves acusaciones, de ser verificadas, podrían degradar el voto en línea a una mera formalización de lo que Grillo ha decidido previamente. Por último, el propio Grillo surge como un «garante» muy invasivo, que –a pesar de no haber sido elegido– es decisivo en todas las cuestiones del partido, desde la coalición en el Parlamento Europeo y el referéndum sobre el euro hasta la construcción del nuevo estadio del Club de Fútbol de Roma.



LOS ROSTROS DEL POPULISMO EN LA RUMANIA POSCOMUNISTA

Dragoș
Dragoman

Lucian Blaga University
of Sibiu , Rumania

Camil
Ungureanu

Universitat Pompeu Fabra
(Barcelona)

CIDOB REPORT
01- 2017

Desde la ruptura del antiguo régimen comunista en diciembre de 1989, el populismo se ha convertido en una presencia familiar en la nueva democracia rumana. La apelación directa al «pueblo» como depositario último de la verdad era práctica habitual durante el «comunismo nacional» de Nicolae Ceaușescu y ha tomado nuevas formas ideológicas en el período poscomunista. El vacío dejado por la caída del comunismo fue en parte cubierto por la creación de un populismo nacionalista de derechas articulado por el Partido de la Gran Rumania (PRM, por sus siglas en rumano). Dirigido por Corneliu Vadim Tudor, poeta cortesano de Ceaușescu, este partido combinó xenofobia y nostalgia del comunismo con la exaltación del pueblo rumano, sus valores y tradiciones más antiguas. En 2000, Tudor y su partido plantearon una seria amenaza para el proceso de democratización de Rumania: aprovechando los temores generados por el desempleo, las carencias sociales y el colapso del antiguo sistema de seguridad social, el extremista Tudor logró pasar a la segunda vuelta en las elecciones presidenciales. Al final, gracias a una coalición transversal de fuerzas de derecha y de izquierda, fue derrotado por Ion Iliescu, ex alto funcionario del Partido Comunista y candidato del Partido Socialdemócrata (PSDR; actualmente PSD).

Con el declive del PRM tras su fracaso electoral en 2000, el Partido Demócrata (PD) utilizó con éxito la retórica y las estrategias populistas, pero no en combinación con el nacionalismo y la nostalgia del antiguo régimen de Ceaușescu. Esta forma de populismo, dirigida por el carismático y manipulador líder del PD, Traian Băsescu, fue notablemente diferente, por ser –al menos en el ámbito discursivo– anticomunista y proeuropeo. El estilo de liderazgo populista de Băsescu era mucho más antielitista y antiestablishment que el de Vadim; apelaba al «pueblo» para finalmente derrocar al comunismo «perpetuado» por el prolongado Gobierno de Ion Iliescu y el PSDR. Este último era descrito como un cártel de las antiguas élites políticas y económicas que engañaba a la gente

común y estaba protegido por un sistema judicial corrupto. Basando toda su campaña electoral en la supuesta corrupción de los funcionarios, Băsescu alcanzó la presidencia en 2004 y su partido, el PD, ganó las elecciones generales en alianza con el Partido Nacional Liberal (PNL). Uno de sus eslóganes de campaña pregona la promesa de «empalar» a los funcionarios corruptos del Estado (es decir, los líderes del partido rival), rememorando el método utilizado por Vlad Țepeș (Vlad el Empalador) para castigar el robo y la corrupción.

Tras el éxito de la campaña del PD en 2004, el populismo inició una nueva etapa al entrar en el Gobierno por primera vez en Rumania desde 1989. Este cambio arrojó resultados generales modestos, en parte porque Băsescu demostró ser un oportunista político con poca consideración por la ideología. Después de la ruptura de la coalición PD-PNL (2007-2008) y de la cohabitación forzosa del presidente Băsescu con el líder del PNL como primer ministro, las elecciones generales del 2008 ayudaron al Partido Demócrata Liberal (PDL, el antiguo PD) a formar una vez más una coalición gubernamental, esta vez con su anterior archienemigo, el PSD (el supuesto paradigma de la corrupción y representante del malvado establishment comunista). La exitosa campaña presidencial de 2009, cuando el entonces presidente Băsescu ganó por segunda vez, condujo a una mayoría parlamentaria liderada por el PDL y a un primer ministro del mismo partido. A partir de 2009, el presidente Băsescu trató de transformar el sistema político para consolidar su poder. Asegurando hablar en nombre de la gente para revitalizar y modernizar el Estado, los populistas se volvieron contra todos los órganos representativos a fin de consolidar el poder ejecutivo. Retratando a los miembros del Parlamento como la expresión de una élite obsoleta, arrogante y corrupta, el presidente Băsescu utilizó su derecho constitucional para convocar referendos. Por ejemplo, en uno de sus referendos orquestados, Băsescu pidió el voto para reducir a la mitad el número de parlamentarios y pasar de una Asamblea bicameral a una unicameral. Bajo su liderazgo, el PDL cambió la ley sobre el referéndum en 2011 y estableció un umbral de participación popular del 50% para la validación de cualquier referéndum. Ello fue un paso decisivo para mantener a Băsescu en el poder en 2012, ya que el referéndum para su destitución –que el presidente perdió por casi el 90%– fue invalidado porque la participación solo llegó al 46%.

La manipulación de los medios de comunicación constituyó otra estrategia clave. Tras el nombramiento de personas afines a la dirección de las cadenas de radio y televisión estatales, los canales de televisión privados contrarios fueron repetidamente sancionados por el órgano regulador de los medios de comunicación, y sus dueños acusados de varios crímenes y arrestados. Uno de ellos murió antes de la sentencia final, mientras que otros dos fueron condenados, sentenciados y encarcelados. Este «éxito» llevó a Băsescu a amenazar abiertamente a sus rivales con investigaciones legales, calificándolos de «candidatos a prisión».

Con la popularidad a la baja, el PDL utilizó su poder para marginar a la oposición. El sistema mayoritario a dos vueltas para la elección de alcaldes fue reemplazado en 2011 por un sistema mayoritario a una sola vuelta, más favorable al PDL. Por último, ante el temor a una severa derrota en las elecciones locales programadas para la primavera de 2012, el Gobierno del PDL decidió en 2011 suspenderlas y posponerlas. Solo la decisión del Tribunal Constitucional obligó al PDL a abandonar el plan. La derrota electoral del PDL puso entonces fin a la lista de abusos. En diciembre de 2012, una victoria electoral aplastante, sin precedentes, confirmó en el Gobierno a la oposición formada por el PNL y el PSD.

Estos episodios políticos en Rumania confirman la tensión entre constitucionalismo democrático y populismo: el recurso al pueblo y el uso de mecanismos de democracia directa para movilizar el descontento social y atacar al establishment han resultado ser una tapadera para los abusos políticos, la consolidación del poder ejecutivo y la influencia de una determinada élite político-económica.

CIDOB

BARCELONA
CENTRE FOR
INTERNATIONAL
AFFAIRS



Co-financiado por el
Programa «Europa con
los Ciudadanos» de la
Unión Europea

Las democracias liberales están en una situación frágil. Los mensajes populistas simplistas de nosotros vs. ellos, con tintes a menudo xenófobos, así como los intentos de minar la legitimidad de las instituciones democráticas pueden contar con una audiencia receptiva en Europa y un panorama de los medios de comunicación (sociales) transformado. En algunos países, como Francia y Austria, los partidos populistas han dejado de ser marginales y han participado como serios contendientes en las elecciones nacionales; y en Hungría y Polonia ya están gobernando. Buena parte de la población europea podría imaginar vivir en sistemas autoritarios. Considera atractivos algunos aspectos de esa gobernanza, tales como una vigilancia estricta, libertades individuales en peligro y estructuras sociales uniformes; y ve con admiración algunos modelos actuales e históricos. Para algunos, esta situación recuerda la década de los años treinta del siglo pasado, cuando el fascismo en Europa estaba en auge y gozaba de un apoyo considerable de simpatizantes, incluso dentro de las democracias desarrolladas, como la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley o Charles Lindberg, que desempeñó un papel influyente en el *America First Committee* de Estados Unidos. Sin embargo, de los fascistas de ayer a los populistas de hoy hay un trecho. Se podría argumentar que resulta incluso difamatorio, dado su papel todavía limitado, sus actitudes más benignas y la legitimidad de algunas de las preocupaciones que articulan. Aun así, los desafíos para las democracias liberales son reales y constituyen el núcleo del análisis en este volumen colaborativo de investigadores de CIDOB y de otros *think tanks* e instituciones.